



Maeve Anne

La
amante

LA AMANTE

By:
MAEVE ANNE

TÍTULO: La amante

©2018. Maeve Anne

©De los textos: Maeve Anne

©Safecreative: 1807227781106

Ilustración de portada: Maeve Anne

Imagen de portada: Pexels.com

1º edición

Todos los derechos reservados

Prólogo

Esta es la tercera parte de la serie Amor y poder. Ya habéis conocido la historia de lord Christopher y de lady Grace, que han sido nombrados Condes de Hampshire.

En la segunda parte, os hablé de Stephen, el hermano menor de lord Christopher, pues en esta tercera parte, podréis conocer toda su historia, así como conocer que va a ser de lady Regina, quien, como ya sabéis, está embarazada, pero ¿de verdad lo está de lord Stephen? ¿De verdad va a dejar de lado su deseo de ser la esposa de lord Christopher?

Preparaos para conocer todo esto y, más aún. Espero que os guste.

Gracias por estar ahí.

Besos.

Capítulo 1

Uno de los invitados a la cena con baile en la cual Christopher obtuvo el título de Conde, de manos de su padre, había acudido con su esposa aceptando la invitación a regañadientes, pues la situación de la familia era bastante delicada. De hecho, incluso se habían visto en la obligación de despedir a casi todos los criados, únicamente permanecían con ellos unos pocos que lo hacían con medio salario.

La intención era que les hicieran un préstamo, pues estaban dispuestos a devolver hasta el último farthing, mas la vergüenza les impidió hablar y regresaron a la casa sin que nadie les hubiera podido ayudar.

Pero una vez en el hogar, se hundieron:

—¿Qué hacemos? —preguntó la esposa mientras en el hall comenzaba a quitarse los guantes y el tocado.

—No lo sé —respondió el marido dejando sobre el mueble de la entrada el sombrero y sus guantes—. Si hubiésemos dejado a Tracy, ya tendríamos los problemas resueltos.

—Empiezo a pensar que sí —dijo la esposa resignada.

—Quizás no sea la joven más dulce ni callada de la sociedad, pero es la más dispuesta a ayudar, y la más valiente —dijo el marido sentenciando sus palabras.

Los dos estaban de acuerdo, dispuestos a todo por su estilo de vida, pero no eran capaces de pedir dinero. La única persona a la cual conocían que les podía ayudar era el antiguo Conde de Hampshire, pues su fortuna se estimaba en miles de libras y eso, sin contar con lo que heredó de su esposa, cuya fortuna era casi igual a la suya.

Sin embargo, pese a que se hablaba de un importante cambio en el modo de ser del Conde, no quedaba claro si el cambio también tenía que ver con el tema del dinero, pues no había modo de conocer si prestaba dinero o no.

Pero Tracy tenía mucho carácter, y ella no tenía en consideración si era una persona de alta o baja cuna, trataba a todos por igual y si tenía que decir algo, lo decía. La delicadeza no era uno de sus puntos fuertes y eso que quisieron enseñársela por las buenas y por las malas.

De hecho, en la espalda, dos cicatrices le recordaban cuando su padre la azotó teniendo ella 6 años, porque le culpó de las deudas que tenía la familia.

Su padre creyó que aquello le bastaría, pero no sirvió de nada, excepto para que ella le retirase la palabra, pues desde entonces no volvió a hablarle y habían transcurrido 12 años.

—¿Por qué no hablas con ella? —preguntó su esposa hundida— Dile lo que sucede, cuenta de los problemas, del hecho de que el próximo mes vamos a perder la casa.

—De sobra sabes que no me habla —respondió—, pero lo intentaré, supongo que no querrá verse en la calle.

—Sí, pero no le digas eso o saldremos perdiendo —dijo su esposa con una sonrisa mientras le acariciaba el rostro con cariño—. Y recuerda que siempre podemos ir a Irlanda, mi familia nos acogería.

—Sí, pero no quiero que sientas que no soy el hombre que te mereces, que no soy capaz de cuidar de ti —dijo con humildad y tristeza.

—No digas eso, lo que nos ha pasado, le puede pasar a cualquiera, esto no tiene nada que ver si cuidas o no de mi —dijo su esposa dulcemente, como tenía la costumbre de hablar cuando era de ese tipo—. Mañana todo se verá de otro modo.

Sin embargo, las cosas no fueron de ese modo, pues Tracy escuchó toda la conversación. Se encontraba en la sala contigua al hall, con las puertas abiertas y la luz apagada. Pensaba, acompañada por el ama de llaves que también hacía el trabajo de la cocinera.

Cuando sus padres se dirigieron al piso de arriba, ella dirigió la mirada a la mujer que la observaba en la penumbra, a la espera de que aquella mujer dijera algo.

Pero la amargura con la cual la contemplaba, hizo comprender a Tracy que no había modo alguno de evitar el desastre.

—En fin, los padres cometen errores y las hijas pagamos las consecuencias —dijo resignada—. Al menos, Irlanda está bien, es un lugar precioso y está bien situada la casa, posee unas vistas impresionantes, y el verdor cubre toda la parte delantera de la vivienda. Cuando llega la época de la floración, las flores salpican el lugar y, nada más abrir la ventana, se pueden coger las flores. Y ver sus castillos es algo impresionante.

—Entonces ¿te gusta vivir allí? —preguntó la mujer.

—Sí, me encanta. Además, mi familia es muy amable —respondió

Tracy sonriente—. Pero mi padre no permitirá nunca ese detalle, pues me culpará y, si con 6 años me azotó, con 18 mejor no lo pienso. Mi abuelo nunca permitirá que me ponga una mano encima, pero la casa de mi madre está en el pueblo, y la de mi abuelo, en las afueras.

La conversación acabó allí mismo. Tracy no tenía nada más que decir, excepto que amaba la libertad, tenía orgullo y carácter, algo que no podía ser en una dama de la alta sociedad que buscara un buen matrimonio.

Un matrimonio que acabaría con todas las deudas, pero ella no quería ni oír hablar de ello.

Se rumoreaba que, una joven doncella recién casada, vivía un auténtico calvario, pues su esposo la maltrataba alegando que le pertenecía después de haber pagado las deudas de su familia.

Ella no conocía bien la historia, pero en cierta tarde fue invitada a una merienda, y entre las charlas que se llevaron a cabo en los 45 minutos que duró el evento, estuvo presente el hecho de la joven, de no más de 17 años, se había casado, y nada más que con el hombre más repugnante de toda Inglaterra: lord Roger Smith.

Todas las damas lo conocían, todas se advertían unas a las otras. Se decía, que cuando lord Smith se encontraba en Londres, era invitado a todas las cenas, galas, bailes, meriendas... Y era él quien mantenían a Smith a raya, por lo que las jóvenes no se alarmaban y los padres, en la gran mayoría de las ocasiones, no decían nada a sus hijas.

Pero él ya no se encontraba en Londres y, después de ver a la joven en un baile, se informó sobre ella, sobre su familia, sobre los problemas que tenían y... no tardó ni cuatro meses en pasar por el altar.

Mas menos tardó en ponerle una mano encima, pues según se decía, la habían visto con el rostro apagado y extrañas marcas en las mejillas. Parecía que el único hombre decente se lo llevó lady Grace.

Ella, en cambio, tenía que conformarse con encontrar uno medio decente que no le pagara. Al menos, no demasiado.

Sin embargo, ni a eso tendría acceso, pues si en los próximos días las deudas no se apagaban, marcharían a Irlanda, un lugar hermoso donde para responder, hablar y comer debía pedir permiso. Eso se lo había ocultado al ama de llaves, era una mujer muy buena y no podría llevarla allí, lo último que quería era que sufriera por su culpa.

Aunque sí que sufría aunque callara, al fin y al cabo, prácticamente, la

había visto nacer, pues entró a trabajar con los Hamilton, cuando Trace aún no había cumplido el primer mes de vida.

Y allí, en su habitación, Tracy deseó con todas sus fuerzas que algo ocurriera para no acabar en un matrimonio sin respeto. Soportaría vivir sin amor, de hecho, nunca lo había tenido, su padre se casó con su madre por dinero, y aunque muchos le decían, que eso era lo que importaba, le bastó ver una sola vez al nuevo Conde y su esposa, para comprender que una boda por amor era posible.

Por mucho que le dijeran, que le contaran o ella escuchara. El amor sí le importaba y lo quería, para sí.

Aunque sabía, era muy difícil, y mas aún, cuando al bajar las escaleras, a la mañana siguiente, escuchó una conversación que la llenó de terror:

—¿Vas a hablar con él? —preguntó su madre.

—Sí, hablaré con él hoy mismo —respondió el padre.

—¿Y si dice que no? —preguntó la madre, hundida.

—En ese caso, tengo un amigo que nos puede ayudar, aunque lo cierto es que será desagradable, pero no tendremos que hacer otra cosa que entregar a Tracy —respondió él seguro—. Ese amigo podrá enderezarla, ya verás, será la chica que siempre quisimos por hija.

Tracy tosió un poco, anunciando su presencia.

Al contrario de lo que podían pensar sus padres, ella estaba sonriente, serena, incluso algo desafiante, con su vestido celeste, entallado bajo el pecho con un lazo rosa y un ribete, también rosa, en las mangas abullonadas. El cabello lo llevaba suelto, pero no le dijeron nada, tiempo tendría, muy pronto, de tener aquella melena del color del sol, recogida como una auténtica dama, y su mirada ilusionada, pasarían a ser tan solo, unos bonitos ojos color cielo.

—Buenos días —dijo antes de sentarse y comenzar a desayunar sin prestar atención a lo que sus padres dijeran o hicieran.

—Buenos días —dijo su madre—, ¿tienes planes para hoy?

—Sí, tengo —respondió con una sonrisa—, terminaré el vestido que me diste, me está ancho y corto, por lo que añadiré dobladillo y encogeré de arriba.

—El vestido es perfecto tal y como te lo he dado, pero como tú no agradeces ni estás nunca conforme... gastas un dinero que no tenemos —dijo la madre molesta; no había quien controlara a una joven tan rebelde.

—Lo lamento madre, pero discrepo, si yo lo arreglo, sale gratis —dijo

firme—. Agradezco el vestido, mas necesita arreglos, mi cuerpo no es como el tuyo...

—¡Por supuesto que no! Mi cuerpo es el de una dama, el tuyo el de una prostituta.

—Desconozco como puedo ser prostituta, sin conocer varón.

La calma de Tracy irritó al máximo a su madre que se marchó sin mediar palabra y, en todo el día, ni dirigió una mirada a su hija, la cual arregló a su gusto el vestido, convirtiendo un vestido de mañana en uno de noche muy elegante.

Capítulo 2

A quien parecía que no iban las cosas del todo mal, era al antiguo Conde, después de los últimos acontecimientos, su historia, y la de sus hijos, tanto la de James como la de Stephen, dio un vuelco de 360°, pues el hombre no solo se dedicó a remediar sus múltiples fallos, también quedó a la espera de hacer las paces con su descendencia, pero no le fue fácil.

—Hijo, al menos escucha lo que tengo que decir —habló en la noche del baile a James, a quien le creyó, por ser el mayor, más sensato.

—No tengo nada que escuchar —respondió, recogiendo sus cosas para marcharse.

—James —dijo con una voz sumisa que casi nunca utilizaba. En realidad la utilizó nada más que en una ocasión, cuando su amada esposa moría y le pidió, que, por favor, no le abandonara—. Por favor. Tu hermano me ha escuchado. ¿Por qué no lo haces tú?

—Te ha escuchado y le has dado un título que no le pertenece —respondió de forma desafiante—. ¿Qué me vas a dar a mí?

—James, tú posees de todo. Lo único que te ha faltado ha sido tu padre a tu lado, permite que ahora esté —respondió con una sonrisa.

—Sí he tenido un padre conmigo, y mucho mejor de lo que tu crees. Como has dicho —dijo ya caminando hacia la puerta—, lo tengo todo, no necesito nada de ti ni de los demás.

Salió de la vivienda, caminó unos metros solo, y, cuando encontró un coche, lo detuvo para regresar a su casa con la intención de retornar a Escocia a primera hora de la mañana.

Su padre, regresó a la fiesta, pero a la mañana siguiente, probó suerte con el hijo más joven, Stephen, de 23 años, con el que menos creía, podría hacer las paces.

Sin embargo, en cuanto entró en la casa, se percató de que algo no era como él esperaba.

—Pase al salón de mañana, enseguida le atiende lord Stephen —dijo el mayordomo, acompañándole al salón mencionado—. ¿Le apetece una copa, un té o un café?

—No gracias, le esperaré —respondió sorprendido—. Perdone, ¿sabe

quién soy?

—Sí, señor, es el padre de Stephen, quien hasta anoche era el conde Hampshire, pero que ha entregado el título a su hijo mediano, cuyo nombre es Christopher —respondió el mayordomo—. Pero Stephen le hace esperar que fuerzas ajenas a él. Le ruego, tenga la bondad de disculparlo.

—Por supuesto, no he querido ser descortés —respondió—, es que me extraña, nada más.

—Señor, su hijo Stephen no es un mal hombre, es solo que la ha tenido muy difícil —dijo el mayordomo ocupando un asiento junto a él—. Se vio obligado a casarse con una mujer a la que no amaba. Nadie se ha ocupado de guiarle y se refugia en la bebida. Sabe que hace mal pero no sabe como evitarlo. Pidió ayuda a James durante mucho tiempo, mas por desgracia, se ha limitado a pagar y dar de lado. El dinero no lo es todo.

—Eso es muy cierto. Por desgracia, yo lo he descubierto demasiado tarde.

—Discrepo con eso, nunca es tarde si hay vida y buena disposición.

Aquel padre guardó silencio, pero con el rostro más sereno y una sonrisa sencilla. El mayordomo prefirió quedarse allí, haciendo compañía a la visita, dispuesto a responder cualquier cosa que le fuera consultada.

—¿Puedo preguntar algo?

—Por supuesto, si conozco la respuesta, será un placer darla —respondió el mayordomo.

—Pues me gustaría saber si, en alguna ocasión, Stephen ha recibido alguna carta mía —dijo con interés.

—Que yo sepa, no —dijo el mayordomo pensativo—, pero a esa pregunta, quien el puede responder es el portero de la vivienda en Irlanda, o el mismo Stephen.

Fue, en ese momento, cuando Stephen llegó.

Lo hizo con claras señales de cansancio. Tenía ojeras, sus manos temblaban, sus ojos estaban casi cerrados. Incluso le costaba respirar. Se dejó caer en el sillón y cerró los ojos.

—Pediré un poco de té, eso ayudará —dijo con una amplia sonrisa al mismo tiempo que se ponía en pie para dirigir sus pasos al exterior de la sala—. ¿Desean algo de refrigerio?

—Estoy demasiado cansado, con el té basta para mí —respondió Stephen casi sin voz.

—Yo... lo que tengan —dijo mientras se ponía en pie y se sentaba cerca de su hijo—. Stephen, ¿necesitas ayuda?

—No sé por donde empezar... —respondió inmóvil.

—Pues tengo tiempo, te escucho.

Stephen no dijo nada, ni se movió, pero sí pensó largo y tendido sobre lo que su padre le acababa de decir. Era la primera vez que alguien mostraba interés por lo que le sucedía, y, simplemente, quiso saborear esa sensación un poco más.

Pero prefirió, que esa sensación tuviera una capa de crema de melocotón por encima, y comenzó a hablar:

—Me pasa de todo: mi esposa, las deudas, el embarazo, mi amante, las responsabilidades, mi hermano...

—Stephen, las cosas se solucionan de una en una —dijo su padre sumiso—. ¿Cuál es para tí la más importante?

—No lo sé —respondió apagado.

El mayordomo llegó en ese momento, con una bandeja con dos tazas y un poco de refrigerio, que añadió la cocinera con la esperanza de que Stephen comiera algo, pues no comía.

Su padre saboreó un bollo y el té.

—Stephen toma el té —dijo entregándole él mismo la taza—. Está caliente y delicioso. Te ayudará a calmar los nervios.

Stephen obedeció tranquilo. Los nervios en realidad, los tenía de punta pues debía muchos favores a James, pero desgraciadamente, esos favores lo estaban ahogando y ya no podía más.

Necesitaba tener la vida en sus manos para darle la forma deseada.

Tomar el té con su padre, sin que él le juzgara, amenazara o le obligara a tomar un camino exacto que no quería, le alivió mucho, pero no le quitaba la presión de elegir.

—¿Qué te impide actuar? —preguntó curioso, dispuesto a ayudar.

Stephen le respondió con claridad, sin ocultar nada. No tenía la menor idea de lo que estaba haciendo, de si hablaba o no, la desesperación le podía.

Aunque cuando terminó, su padre no tardó en responder:

—Vamos a ver. Stephen, ¿por qué te agobias? —preguntó dejando la taza en la mesa pequeña— ¿Le pediste ayuda?

—Sí —respondió avergonzado.

—¿Le obligaste? ¿Lo amenazaste?

—Sé que le obligué, alegaba que no tenía más familia y me arrepiento —respondió con tristeza—. Ojalá...

—No tengo buena relación con James, pero te puedo decir que si pides ayuda, la persona que te escuche y te decida ayudar, debe hacerlo sin pedir nada a cambio —dijo su padre sin apartar la mirada de su hijo.

—No sé si te entiendo —dijo Stephen con una pizca de curiosidad.

—Si yo te ayudo de corazón, lo hago sin esperar a que tu me devuelvas el favor —respondió—. Si quiero que me devuelvas, no estoy ayudando.

—Comprendo...

—Pues bebé el té y come algo.

Un nudo de amargura se le cogió en el estómago, al presencia lo desdichado que era su hijo menor y lo hipócrita que era el mayor, así como en la suerte que tenía con el hijo mediano.

No se arrepentía de haberse casado con la mujer que se casó, fue muy feliz el tiempo que pudo estar con ella y con el hijo que en común tuvieron, pero lamentaba haber estado tan mal asesorado y haber hecho caso, pues sus hijos le necesitaban.

Pero había vida y, al menos, uno le permitía echar una mano. El problema era que Stephen le reclamaba tanto, que no podría estar para Christopher.

Capítulo 3

Los Hamilton se presentaron en la casa sin previo aviso. Pidieron ver al Conde y este les recibió, aunque acababa de llegar de ver a Stephen.

—Necesitamos pedir ayuda —dijo lord Hamilton avergonzado desde la puerta de la sala donde fue recibido.

—Vosotros diréis —respondió recibiendo a la pareja—, pero no soy el Conde, lo es mi hijo, por lo que muchos asuntos ya no me competen.

—Nosotros... tenemos deudas y perderemos la casa si esas deudas no se pagan en menos de un mes. Por favor —dijo lady Hamilton dando unos pasos hacia adelante.

—Tendréis que hablar de eso con mi hijo Christopher, ese asunto le compete a él —respondió sentándose en su escritorio—. Escribiré una nota a mi hijo, si se la entregáis os recibirá hoy mismo. Exponer a él los problemas, os ayudará.

—No tenemos tiempo para esto, Smith es más rápido... —susurró lord Hamilton a su esposa.

—¿Qué ha dicho?

—Nada, ya vendremos.

En ese momento, un estremecimiento atravesó el cuerpo de aquel hombre en plena mañana hacia el mediodía. La conversación con Stephen le había hundido, pero no tanto como lo que había sucedido.

Llamó al mayordomo y le consultó, pero el hombre apenas si le pudo dar alguna información útil.

—¿Puede dármele alguien? —preguntó intrigado.

—Tal vez en el Club —respondió el mayordomo—. Si lo desea...

—¿Puede ir? Te lo agradecería.

—Por supuesto. ¿Cuándo?

—Lo antes posible.

El mayordomo salió de inmediato, mientras en la casa, el hombre se quedaba a la espera de noticias, aunque no tenía muchas esperanzas de que fueran buenas. Al contrario, algo le decía que eran muy malas.

Pero desconocía hasta donde.

Y era que él no conocía a lord Smith, nunca tuvo relación con él, al igual que tampoco la tuvo Tracy, quien cansada de coser, pasó la tarde leyendo en el jardín en la compañía del ama de llaves, la cual preocupada, puso sobre aviso a la joven:

—Pero no quiero que te preocupes demasiado, siempre pasa algo que ayuda —dijo antes de decir lo que ocurría en la vivienda—. Ahora escucha.

—Dime lo que tengas que decir —dijo ella cerrando el libro pero sin perder la página que continuó marcada con el dedo índice de su mano derecha.

—Si tus padres no consiguen pagar las deudas, perderán la casa, pero tu padre no quiere ir a Irlanda. Tu madre está dispuesta a ello, pero tu padre no —dijo triste, sin atreverse a mirarla, sentía que el corazón le iba a estallar—. Quiere hablar con Smith.

—¿Con lord Smith? —preguntó extrañada— Él está casado ¿no?

—Sí, lo está, pero tiene un negocio muy interesante: compra a jóvenes para llevarlas a América y que trabajen como prostitutas.

—Vaya... está claro que voy a ser yo la próxima... —respondió apagada dejando a un lado el libro sin prestar atención a la pérdida de la página donde se había quedado.

—Como he dicho, nunca se sabe lo que va a pasar, quizás pase algo que te ayude...

Tracy no dijo nada, se quedó allí, sentada, perpleja, como si su alma hubiera dejado su cuerpo. Estaba vacía de sentimiento, de padecer... No sentía nada. Ni se apartó el cabello que suelto, le golpeaba el rostro ayudado por el viento, como si la quisiera despertar, como si quisiera que reaccionara ya fuera para bien o para mal.

El ama de llaves continuaba hablando, pero excepto unas pocas palabras, Tracy no era capaz de comprender nada, y eso que estaba a su lado:

—Tengo miedo por ti...

Sin embargo, ella se puso en pie y comenzó a caminar hacia el interior de la vivienda, donde sus padres comenzaron a hablar de cosas que no conseguía entender. Les veía, pero no oía. Podía mover su cuerpo pero no lo sentía. Sabía que respiraba, pero no olía nada.

Ni cuando su padre la golpeó notó la mano o sintió el menor dolor.

Y eso si le daba miedo.

Pero sus padres no eran conscientes de ello, la gritaban y la

zamarreaban, sin que hubiera nada que sintiera.

De hecho, ni cuando lord Roger Smith llegó y la observó como si de un objeto se tratase, sintió nada, y eso que no dejó un pequeño hueco que tocar, una parte de su cuerpo por palmar... Le miró los dientes, el cabello, le tocó los pechos...

Finalmente, sacó del interior de su chaqueta una gran cantidad de dinero y, sin más, se la llevó fuera, haciendo que subiera al coche de caballos que en la puerta tenía esperando.

Durante el trayecto, no dijo una palabra, pero lord Smith no paraba de decir que él no tardaría en recuperar el dinero pagado y mucho más, pues por una joven virgen, era muy fácil llegar a una buena suma.

—Pero prefiero que no hables, una mujer callada es más hermosa y mucho más cara —dijo. Eso sí, tienes que ponerte de otro modo, esa ropa no te va para ser la amante de alguien. Yo quiero que te compre un buen amigo mío para que marches a América, pero si lo hace algún rico, por mí encantado. Cuando se canse de tí quien te compre, podrá venderte otra vez.

Tracy comprendió que leer el libro que había tomado de la estantería de la biblioteca, había sido su última decisión. Ya lo demás no le pertenecía. Tal vez la persona que la comprara le permitiera elegir algo pero era muy difícil que eso ocurriera.

Y, aunque tenía una mínima esperanza, cuando llegó a la casa donde se realizaría la venta, la perdió por completo.

—¿Esta es la chica? —preguntó un hombre bajo, un tanto corpulento y con el cabello casi plateado— Es muy hermosa.

—Saca un buen dinero, ya sabes que el 75% me pertenece. Vendré esta noche, me gustaría ver la subasta.

El hombre la tomó de la mano y la hizo entrar con suavidad. Cerró la puerta tras ella.

—Dime tu nombre. En la subasta no se mencionará, pero es para la ficha —habló mientras la subía al piso donde, a Tracy, le dio la sensación de que todo iba a llevarse a cabo.

—Tracy —respondió casi sin darse cuenta de ello, en un hilo de voz.

—Muy bien. Tracy ¿y el apellido?

En vista de que ella respondió con monosílabos, aquel hombre tomó la decisión de que fuera la propia Tracy quien rellenara el formulario, algo que hizo sin tardanza, pero completamente muda.

—Responde a una cosa ¿cuándo supiste que te vendería lord Smith?
—preguntó cariñoso, sin doble intención.

—Hoy —respondió dejando la pluma a un lado—, pero él me ha comprado a mis padres esta mañana.

—Comprendo —dijo—. Te traeré a May, es una chica muy dulce, ella te asesorará, te vestirá como debes ir y te hará compañía. Pero teniendo 18 años —habló leyendo la ficha—, no entiendo como tus padres accedieron a una venta en lugar de a un matrimonio.

—Necesitan el dinero rápido —dijo cabizbaja.

—Eso no los disculpa. Sinceramente, te deseo mucha suerte, espero que tu dueño te de lo que tus padres no te han dado.

Tracy esbozó una leve sonrisa que aquel hombre no pudo ver, aunque tampoco ella pudo presencia la petición que a un niño de pocos años le hizo:

—Corre a esta dirección y di que va a suceder hoy, el dueño ya lo comprende. Date prisa, si lo haces bien, te daré otro billete —dijo, al tiempo que le mostraba un billete de 5 libras.

El niño no tardó en salir corriendo, aunque el hombre no sabía si llegaría tiempo para evitar la tragedia, pues lord Smith nunca se deshacía de una joven sin que esta hubiera antes servido para sus propios fines.

Y esa joven no había sido tocada, excepto por una marca en la mejilla que podría cubrirse con maquillaje.

Era una joven inocente, frágil, pero con una belleza innata.

Una belleza que alabó May en cuanto la vio y no dejó de alabar mientras la llevaba a la habitación.

—Aquí te voy a explicar todo lo que tienes que saber sobre el sexo y sobre lo que los hombres esperan de una amante. ¿De acuerdo? —preguntó, ya en la habitación, apoyada sobre la puerta cerrada.

—Sí... —respondió tímida con una pregunta en los labios que no sabía si soltar o no.

—¿Qué quieres saber? Si yo soy una amante ¿verdad? —preguntó caminando hacia ella— Tranquila, no era la única que tiene esa duda, casi todas se lo preguntan y muchas se animan a ello. Yo no soy una amante. Fui una, pero quedé embarazada, también te diré como evitarlo, y mi dueño me vendió. Andy, que es el nombre del dueño de esto, me compró y me puso a trabajar ayudando a chicas como tú. Ni a mi ni a mi hijo nos falta de nada.

—Habéis tenido suerte —dijo Tracy preocupada—. ¿Qué me va a pasar

a mí?

—Si me prestas atención y haces lo que yo te diga, nada —respondió May con una leve sonrisa.

Capítulo 4

Esa mista tarde, Stephen visitó a su padre con la intención de conversar sobre lo que, en la mañana, ninguno de los dos fue capaz:

—Era tan joven e inexperto, que terminé por aceptar lo primero que se me ofrecía —dijo en voz baja—. Creí que la amaba, nadie me explicó lo que era el matrimonio, lo siento por ella. Por supuesto que no la voy a repudiar, espera a mi hijo, pero ojalá la vida me permitiera algo por lo que estar agradecido.

—Sé que lo que voy a decir no es agradable, pero ¿que te parece si ayudas a una joven a no ser la siguiente víctima de lord Smith?

—¿Lord Smith? ¿Quién es? —preguntó entre curioso e indiferente.

—Lord Roger Smith, es un rico mercader de mujeres —dijo su padre—. Las compra a sus familias pagando todas las deudas y, si la joven es virgen, la vende para que sea llevada por un amigo a América, donde será una prostituta, mientras existan hombres dispuestos a pagar por pasar con ella un buen rato. Si la joven no es virgen, se la queda él hasta que se cansa de ella, y la lleva a los barrios bajos, donde ellas tiene que darle a él la mitad de lo que ganan. La gracia está en que él vende a las chicas en un prostíbulo para que la subasta le de más dinero.

—Es decir, soborna incluso a su amigo —dijo Stephen—. Es horrible, ese tipo de hombres no debería existir.

—No, pero tiene ahora a una joven de 18 años, llamada Tracy —dijo con una gran sonrisa mientras se ponía en pie—. Por favor, ayúdale.

—¿Y cómo? —preguntó Stephen sin comprender nada— Soy un hombre, no un policía.

—Muy fácil, mi mayordomo ha ido al Club a informarse. En cuanto sepa algo, aquí vendrá —respondió—. Los Hamilton vinieron a mí para que les ayudara, y yo les envíe a casa de Christopher, pero se fueron comentando que hablarían con Smith.

Stephen afirmó con al cabeza y dejó escapar un profundo suspiro. No le quedaba la menor duda de que los Hamilton eran de ese tipo de personas que no querían mancharse las manos, pero tampoco querían que les echaran las

responsabilidad de sus actos.

Aunque lo de ayudar a la joven no le hacia gracia, no la conocía y no entendía como era que él tenía que echar una mano. Pero lo de que fuera enviada a América...

—Stephen, si, por alguna razón, no te apetece, dilo y no te obligaré, lo hago yo. Si te lo he dicho, es porque te la puedes llevar y te aliviaría el peso del matrimonio —dijo su padre acercándose a él, mientras Stephen observaba la pintura de una mujer y un niño—. Ella fue comprada por 10 mil libras. Yo no tenía esposa, pero la conocía, nos queríamos y decidimos casarnos. Sin embargo... la vendieron y la compré.

—Eso significa que sabes donde han llevado a Tracy...

—Sí, pero no pienso volver a ese sitio sin que sea estrictamente necesario y, si paso de ayudar a esa joven me estaré arrepintiendo toda la vida —dijo su padre interrumpiendo—. Y deja que te diga algo, tú también.

Stephen sonrió. Era consciente de que esas palabras eran ciertas. Podía ser que no de inmediato, también que no en los próximos meses, pero en el futuro, sí. Podía ser que en ese momento no le apeteciera, pero lo cierto era que no había otro para esa chica. Era cuando el mayordomo informara.

Y, por desgracia para él, llegó mientras pensaba en las palabras de su padre. La joven era inocente pero, en ese momento, la maldecía.

—¿Cuándo es la venta? —preguntó de mala gana.

—El lacayo de la casa de subastas me ha dicho que hoy —respondió el mayordomo—. Esta misma noche.

—En ese caso, vamos —dijo resignado—. No pienso ponerme nada más elegante.

Su padre no le dijo nada, de todos modos, estaba seguro de que no iba a pasar nada, él se encargaría de pagar, ya recuperaría el dinero de alguna forma, pero lo primero era lo primero, y era que tenían que rescatar a esa joven.

Una joven que deseaba la libertad, que deseaba la vida pero que prefería la existencia en soledad en lugar de yacer con un hombre como Smith que no tardó en llevarla para ganar más dinero, pero no en la ciudad de Londres, sería en la ciudad de América que quisiera su amigo, una ciudad que en América pedía a las prostitutas junto con el whisky. O eso se decía, ella no quería saber nada.

Aunque sí supo que los hombres buscaban en las amantes lo que no

encontraban en sus esposas, a las cuales muchos nunca vieron desnudas. Buscaban un cuerpo que abrazar, un oído que les escuchara. Una mano, que no evitara que las tocara, al contrario, que les invitara a ello.

Pero durante el viaje, Stephen no dijo nada. Se mantuvo en silencio, con una enorme batidora que le provocaba dolor de cabeza. De hecho, se quedó con los ojos cerrados. No quería saber nada, ni pensar. Él vivía lo mejor que podía, con una esposa a la que no amaba, con un hijo al cual no deseaba en ese momento, con una amante que se quedó embarazada con el deseo de ser una esposa; la esposa de su hermano.

Un hermano que tenía sus propios problemas y que además, estaba esperando un hijo.

Un hijo, que daría más felicidad a su matrimonio, pero no a él.

—Stephen, hemos llegado —dijo su padre, al tiempo que bajaba del coche de caballos—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, me duele la cabeza, eso es todo —respondió cabizbajo, bajando también del coche—. Terminemos pronto.

—Claro, no vamos a quedarnos mucho tiempo, venimos en exclusiva por esa joven —dijo su padre—. Lo mejor es que tu te encargues de la joven, pero te daré el dinero.

—¿Y cómo te lo devuelvo? —preguntó intrigado.

—Pues no lo hagas, intenta ser feliz y no pienses demasiado, al fin y al cabo, eso te va a llevar, nada más, que a dolores de cabeza, pediré un remedio para tu malestar —respondió su padre.

Entraron en el lugar. Ya estaba casi lleno de hombres ricos y poderosos que bebían, jugaban y charlaban. Stephen se sintió aún más enfermo, sentía náuseas. Él mismo estaba con una amante, pero esa amante no fue comprada. Era visitada, él daba dinero... La conoció cuando ella pasaba un verano en Richmond y él fue allí buscando a un hermano al cual no fue capaz de hablar, se sintió pequeño, débil. Pero conoció a una hermosa muchacha de largos cabellos rojos que le robó el corazón.

Comenzaron a hablar, a comer, a conocerse y no dudaron en empezar esa relación. Ella prometió que no diría nunca a nadie nada, pero cuando sus padres le quisieron casar y ella supo de su embarazo, se dio cuenta de que no podía ser más la amante, debía ser la esposa y Stephen no era ya la meta, él no iba a dejar a su esposa.

No al amaba, pero no era ese tipo de hombres que repudiaban a las

mujeres.

Y aquel lugar, era algo parecido, o aún peor, pues podía oír una conversación en la cual un hombre decía al otro lo que había hecho con su amante, y lo mucho que había disfrutado, mientras la azotaba.

—Padre —dijo en voz alta—, saquemos de aquí a Tracy cueste lo que cueste. ¿Cuánto pagó por su esposa?

—Diez mil libras —respondió—. ¿Qué pasa?

—Hasta las quince mil libras no devolveré el dinero —dijo explicando la situación—. Todo lo que suba de esa cantidad, devolveré el dinero poco a poco.

—Como tú desees —dijo con una sonrisa mientras el señalaba hacia donde debía de mirar habían subido a una joven a una mesa, luciendo un vestido que no le pegaba nada, de color rojo, muy ajustado y escotado.

Entonces, el hombre que la subió, comenzó a hablar, pero Stephen no le oía. Quedó perplejo, ensimismado con la belleza e inocencia de la muchacha que temblaba. Él supuso que lo haría de frío o miedo, seguro no estaba, pero sí sentía lástima por ella, deseaba quitarse la chaqueta, acercarse ella, bajarla, cubrirla con la prenda y llevarla a una casa donde poder darle de comer, de beber y darle una cama caliente y confortable en la cual pudiera descansar.

Tan ensimismado estaba, que su padre tuvo que llamarle la atención:

—Vamos, ya van por las 10 mil libras.

—¡Doce mil libras! —gritó levantando la mano.

—¡Quince mil! —dijo otro.

—Ese es el amigo de lord Smith, lord Alfred Eden —dijo su padre en voz baja—. Llegues donde llegues, que no se la lleve.

—¡Dieciocho mil!

—¡Veinte mil!

—¡Veinticuatro mil!

—¡Veinticinco mil!

El otro apostador se puso en pie, caminó hacia Stephen y, apoyándose en la mesa con las manos abiertas, le miró con los ojos inyectados en sangre:

—¿Sabes quién soy? —preguntó desafiante.

—Es un traficante —respondió Stephen mientras se ponía en pie, tranquilo—, que cree que las mujeres son un objeto, para hacer con ellas lo que le de la gana. Pero a esa joven no la va a tratar así. Déjenos en paz.

—Te acordarás de esto —dijo amenazante mientras le señalaba con el

dedo índice de su mano derecha.

—Por supuesto, y con mucha honra, esa joven es mía, y vivirá como una persona.

Las palabras de Stephen llenaron de orgullo a aquel padre, que abrazó, una vez aquel traficante se marchó, a su hijo con los ojos llenos de lágrimas.

Stephen y Christopher, eran dos hombres, dignos de pertenecer a la aristocracia inglesa.

Capítulo 5

La subasta se cerró con veinticinco mil libras. La joven fue bajada y llevada a un despacho donde el dinero cambió de mano, se firmó el contrario, y Stephen escuchó todas las partes:

—Cuando se canse de ella, puede traerla —dijo con confianza el hombre, mientras contaba el dinero.

—Lo que me gustaría es un vestido más adecuado para ella —dijo Stephen mientras la observaba.

—No tengo nada más para ella —dijo el hombre.

—Pues en ese caso, mañana la vestiré como una mujer, no como una... mejor me callo. Vámonos —dijo Stephen, ofreciendo su brazo a la joven.

Los tres se dirigieron a la casa del antes Conde, donde Stephen se tomó un remedio para su dolor de cabeza y ofrecieron a la joven un plato de sopa caliente, un poco de carne y un trozo de pastel, y ofrecieron una habitación y un camisón sin estrenar para Tracy.

—Te llevaré a casa de mi hermano, el Conde de Hamsphire, le pediré la dirección de la tienda donde él le compra los vestidos a su esposa, y en la tienda, te comprarás ropa decente, aunque para ir allí, no lo harás con ese vestido.

—¿Y cómo quiere que vaya, desnuda? —preguntó sorprendida, dejando el tenedor con el pastel en el plato, clavando en los ojos profundos y negros de él, los claros de ella.

Stephen rió con ganas al oír aquellas palabras, la joven no solo era hermosa, también inteligente y con sentido de humor.

—Me gustan las mujeres que tienen orgullo y saben reír y hacer reír —dijo, dándole un beso en la mejilla que la hizo ruborizar.

—¿Y cómo sabe que tengo orgullo? —preguntó ella intrigada.

—Porque donde estabas, no estabas bien, se te notaba distante, nerviosa, si hubieras podido huir lo hubieras hecho —respondió—. Yo no quería ni quiero una amante, si te he comprado, ha sido porque no quería que fueras enviada a América, tú eres una mujer, no un objeto. Come, por favor.

Tracy obedeció y no tardó en irse a la cama, totalmente agotada por las

circunstancias del día aunque no terminaba de ser consciente de ellas.

Sin embargo, a la mañana siguiente, se levantó muy tarde.

En un principio, se sintió incómoda, a duras penas pudo disfrutar de un paseo por el jardín y de una grata conversación en la cual le fueron entregados media docena de vestidos sencillos, pero muy elegantes. Tampoco le fue fácil comer y no se atrevía a mirar a nadie, aunque nadie le dijo nada extraño, y Stephen no se separó de ella ni un momento, lo que la hacía sentirse más segura.

Fue un día difícil de entender, no se encontraba, y las palabras no salían de su boca por más que ella intentaba agradecer lo que por ella hacían, pero al ver que no mejoraba, Stephen tomó la decisión de que comiera algo y se fuera a la cama, estaba seguro de que todo era debido a las emociones.

—Perdone, pero ¿qué soy yo? —preguntó asustada delante de un plato de sopa.

—Eres una mujer —respondió Stephen sonriente—. Tranquila, sé que todo es confuso para ti. En un momento estás en un lugar, luego en otro y luego en otro. Incluso ponen precio a tu vida. No te preocupes por nada, da tiempo al tiempo, verás como te vuelves a sentir tú misma.

Tracy terminó de comer y se dirigió seguida por Stephen a la habitación, donde él no entró.

—Quítate el vestido, el corsé y te pones el camisón, luego me llamas.

—Sí...

Cerró la puerta mientras se preguntaba como se quitaría el vestido y el corsé, aunque lo intentaría, podía que eso fuera lo más sencillo y fácil de hacer a partir de esa noche.

O de ese momento.

Tenía miedo. Mucho miedo. Empezó a sentirse mejor cuando salió del lugar donde perdió la etiqueta de mujer, para llevar la de esclava y cuando le pusieron al comida delante, pero cuando se vio en esa habitación sola, una habitación que tanto le recordaba a la de su casa... una casa que no podría volver a pisar... empezó a sentir que la vida se burlaba de ella.

Le daba una de cal y otra de arena.

Rompió a llorar. Se ahogaba, pero no podía pedir ayuda. Su vida había acabado. Quiso, cargada de rabia, quitarse el vestido, pero tiró de donde no era, y un nudo se le hizo en la cintura, impidiendo que se lo pudiera quitar por sí misma.

Gritó de rabia. Cayó de rodillas en el suelo y sacó todo lo que tenía dentro. Le daba igual si el hombre que la había comprado lo permitía o no, lo único que quería era morir, la vida no era para ella. Lo creyó durante un tiempo, pero definitivamente, no era para ella. no.

Stephen oyó los gritos y no tardó en llamar a una criada, mientras él entraba. La tomó entre sus brazos de inmediato, dejando que gritara, que llorara, que pataleara, incluso que le golpeará, por más que los golpes eran con los puños cerrados y en el pecho. Él resistía porque, sabía, ella padecía más que él.

Cuando llegó la criada, no sin dificultades, la pusieron en la cama sin que Tracy encontrara consuelo:

—Yo la alzo y tú le quitas el vestido y el corsé —dijo Stephen mirando a la criada, quien asintió con la cabeza—. Tranquila Tracy, ahora descansarás. No te preocupes, no te voy a hacer nada, ni permitiré que nadie te lo haga.

Tracy continuaba con su llanto, pero algo más tranquila. La criada le quitó el vestido y el corsé y le puso, con la ayuda de Stephen el camisón, para luego, entre los dos, cubrirla con las mantas.

Stephen no dudó en tumbarse sobre las mantas a su lado, ofreciéndole su pecho como almohada y su brazo izquierdo como protección, mientras con la mano derecha, le limpiaba las lágrimas y acariciaba sus mejillas.

Tracy tardó mucho en callar y mucho más en dormirse, pero Stephen no dijo nada, ni le hizo el menor gesto de reproche o cansancio. Simplemente, quedó a su lado, dispuesto a escucharla si ella quería decir algo, fuera lo que fuera.

Pero no dijo nada y, a la mañana siguiente, tenía tanta fiebre que, pese a sus intentos, no pudo ponerse en pie.

—Te lo suplico, descansa hoy, de seguro que la fiebre se debe a la irritación de anoche. Venga, vuelve a la cama —dijo Stephen con dulzura, esperando que pudiera comprender, que nunca, la obligaría a hacer algo que ella no quisiera.

La acomodó en la cama, llamó de inmediato al médico y cumplió todo lo que le dijo: le colocó compresas frías en la frente, en los antebrazos, en las piernas, incluso en el escote. La acompañó, le leía a pesar de que ella apenas sí conseguía comprender lo que le decía, e incluso, la obligó a tomar líquidos.

Esa misma noche, le dio un poco de sopa y tras un día y dos noches,

descubrió con agrado que, por fin, mejoraba.

—Yo...

—Shhh... —dijo interrumpiéndola dándole un vaso de leche caliente—
No gastes las energías en cosas innecesarias. Duerme, verás como mañana te sientes mucho mejor.

Tracy no dijo nada, debía cumplir todos los deseos y órdenes de aquel hombre, pero estaba agradecida por haber sido cuidada. Podía haber pedido eso a una criada o una enfermera, pero no, siempre que ella abría los ojos, él estaba ahí.

Y, a la mañana siguiente, seguía a su lado. La ayudó a vestirse y peinarse, así como también le puso los zapatos, prescindieron del corsé, él prefirió que no lo llevara:

—Cuando vayamos a la tienda, te compras un par de corsés, pero solo de pecho, los cortos. Los otros me parece que son incómodos. ¿Estoy en un error? —preguntó, mientras se vestía la chaqueta, con la intención de bajar al comedor.

—No, no lo está —respondió avergonzada.

Bajaron al comedor, donde el padre de él los esperaba para desayunar.

Tracy se sintió incómoda, pero eso no le fue impedimento para agradecer la comida:

—No tienes nada que agradecer, como te dije hace unos días, no te he comprado para que seas mi amante, te he comprado para que no te llevaran a América. Es cierto que me perteneces, pero no te obligaré ni forzaré a nada.

Las palabras de Stephen fueron una bocanada de aire fresco para ella. Desayunó con agrado y pasó el día en la grata compañía de aquel hombre, que volvió a empezar el libro, que leía mientras ella estaba en la cama, para que lo conociera.

Tocó el piano también para ella, pasearon por el jardín y conversaron de cosas triviales. Stephen no le preguntó por sus padres, ya sabía que ellos fueron los que la vendieron a Smith, no le interesaba saber más.

Pero ella sí preguntó por la dueña de la ropa, a lo que Stephen respondió con total sinceridad.

—Entonces, ¿cómo le puedo devolver el favor? —preguntó ella—. Qué lástima que perdiera a su esposa y a su hijo...

—Él está seguro de que es a consecuencia de haber abandonado a las tres mujeres que le dieron un hijo cada una, pero yo no estoy seguro...

—Yo no sé que decir... Pero me parece triste. ¿Y habéis hecho los tres las paces? —preguntó mientras se sentaban en el jardín.

Stephen la puso al corriente sobre James y Christopher, ignorando que una carta amenazadora llegaba a ese momento. Sin embargo, su padre se negó a que Stephen la leyera, se limitó a arrojarla a las llamas de la chimenea, e ignorarla. Había hecho lo que tenían que hacer, pero si alguien no lo comprendía, no era su problema.

Capítulo 6

Pocos días después, Stephen llevó a Tracy a la casa de Christopher, quien no dudó en darle la dirección e invitarle a una cena, pero Stephen rechazó cortésmente la invitación:

—Lo siento hermano, pero nos vamos a Irlanda en pocos días, he dejado allí a mi esposa embarazada y me necesita. Sin embargo, si podemos, regresaremos lo antes posible.

—¿Mantendremos el contacto? —preguntó Christopher mientras abría la cartera— Toma, compra algo para ella y para tu esposa.

—No necesito tu dinero, gracias —respondió negándose, con la mano, a coger el dinero—. Mantendremos el contacto, te enviaré una carta desde Irlanda, y te invito a que vayas a visitarme, no soy el loco que cree James, y el alcohol, he prometido dejarlo, pues no ayuda. He cometido muchos errores, pero es hora de dejarlos atrás.

—Iremos pronto, antes de que el embarazo de Grace vaya a más. Pero por favor, te pido que cojas el dinero, no te lo doy como una limosna, al contrario, es para que dispongas de un regalo, sé quien es la joven, me han informado —dijo con una sonrisa mientras mantenía el dinero en la mano.

Stephen lo tomó finalmente, despidiéndose de su hermano, feliz por la situación, igual que se sentía feliz Tracy, la cual tuvo una idea, que, en un principio, no supo bien si decir o no, pero se decidió a ello.

—¿Por qué no le compras algo a tu cuñada? —preguntó tímida una vez ya estaba él en el coche de caballo— De seguro que le gusta.

—Esa es una buena idea. Lo haré, pero me ha prometido ir a Irlanda, supongo que sería bueno regalárselo allí ¿no? —preguntó, dispuesto a cumplir lo que Tracy dijera, pues al fin y al cabo, era una mujer, y no conocía nadie mejor a una mujer que otra mujer.

—La harás muy feliz —respondió Tracy.

—Pues antes de hacerla a ella feliz, voy a hacerte feliz a ti con tu permiso —dijo sin doble intención guardando a parte el dinero que Christopher le había entregado, y que desconocía cual era su cantidad.

—Como quieras, te pertenezco —respondió Tracy sin poder creer que

quisiera hacer el amor allí, en un coche de caballos.

Le habían dicho que los hombres pedían y hacían a sus amantes cosas que nunca pedirían ni harían a sus esposas, pero aquello le parecía increíble.

Stephen no dijo nada, suponía lo que la joven había querido decir con ello, pero en vista de que la joven no parecía creer en sus palabras, decidió que fueran sus actos los que hablasen por él.

Y no era que él no la considerase hermosa, todo lo contrario. Tracy le parecía un ángel caído del cielo. Su cuerpo le daba hambre, no tenía un pecho muy grande, más bien era pequeño, pero era apetecible. Sus caderas generosas eran muy sensuales y sus manos, finas y delicadas daban a entender de su juventud y su cuna, una cuna de la cual nunca hablaba.

Pero ese halo de misterio aún la hacía parecer más exquisita.

Aunque con el vestido rojo... bueno, quedó en el pasado, llevaba en ese momento un vestido beige claro sin el menor adorno, de manga larga y con un chal verde hoja. Como joyas llevaba únicamente unos pendientes sencillos.

—Trace ¿qué historia tienen esos pendientes? —preguntó curioso.

—Me los compré yo cuando cumplí los 18 años en mayo —respondió—. ¿No te gustan?

—Al contrario, son delicados —dijo Stephen—, tienes muy buen gusto.

—Me alegro —dijo ella, esbozando una sonrisa sincera, que mostró una luz antes no vista en la mirada inocente y casi infantil de ella.

—Pues a ver si también te alegra comprar ropa.

Tracy sonrió. Ella normalmente se hacía su ropa, no necesitaba ese acto, pero la mala gestión de sus padres la obligaba a ello y, desde luego, era la primera vez que iba a un lugar como aquel.

Un lugar, cuyo vestíbulo se encontraba lleno de sillas y sillones tapizados, docena de libros con ilustraciones de moda, creaciones impresionantes... Era un lugar con probadores privados, lo que la ayudaría a poder mantener la privacidad.

—Señora Brown —dijo Stephen acercándose a ella—. Vengo por recomendación del Conde de Hampshire, le traigo a Tracy. Por favor, que disponga de un buen fondo de armario. Yo la esperaré con uno de los sillones.

—Encantado. Será un placer —dijo la mujer haciendo una señal a Tracy para que la siguiera—. Vamos Tracy, te tomaremos las medidas y veremos

que ropa te va mejor.

—Sí —dijo ella, temiendo cometer errores a la hora de elegir la ropa, no quería parecer más de lo que era, pero tampoco lo que aquella noche parecía mientras estaba sobre la mesa a la vista de todos.

La señora Brown llevó a la trastienda a Tracy, donde una modista le tomó las medidas. Tracy se dejó hacer, pero el nerviosismo provocó alguna que otra toma de medida doble que no molestó ni a la modista ni a la señora Brown.

—Tranquila mujer, no te a decir nadie nada, relájate —dijo sonriente—. Ahora lo vas a pasar bien, escogiendo las telas y los diseños, yo misma te ayudaré con ello. Y cuando terminemos, te tomarás un té, la casa te invita a ti y a tu amigo.

—Gracias, yo...

—No te preocupes, venga, será divertido. La primera vez es confuso, pero haré cuanto esté en mi mano, para que sea una situación grata.

Y vaya si lo hizo.

La aconsejó en todo momento, con colores que iban con su tono de piel, el color de sus ojos, de su cabello... Le recomendó diversos detalles en los vestidos, desde flores hasta bordados, pasando por lazos, y añadiendo chaquetas, capas, chals...

Tracy se sintió abrumada, pero la señora demostró estar acostumbrada a situaciones similares, y no dudó en darle tiempo cuando ella se quedaba bloqueada.

—¿Ves como es tan difícil? —preguntó la señora Brown cuando ya terminaban.

—No, la verdad es que no —respondió avergonzada—, estoy acostumbrada a hacerme yo los vestidos, no a comprar así para que otra persona los haga.

—Eso me ha pasado a mí, y sé lo que debes sentir, pero ahora, disfruta de tu nueva vida, muchas no podrán tenerla nunca —dijo la señora Brown—. Te contaré algo. Mi esposo, tiene una hermana que vive en Richmond. Ella, al igual que yo, siempre se ha hecho su ropa y nunca ha sido capaz de venir a Londres para visitar mi tienda. Dice que se siente pequeña. De no enviarle yo la ropa, aún se la estaría cosiendo, pero ya tiene bastante con ocuparse de su casa y de la casa del Conde.

—¿La casa del Conde? —preguntó extrañada, sin comprender a que era

debida esa confianza, aunque la agradecía y mucho.

—Su amigo se lo puede explicar con más detalles que yo, pero vayamos al vestíbulo, les invitaré a un té. ¿Lo prefieres con limón, leche, azúcar?

—Con limón está bien, gracias.

El té estaba exquisito. Tanto Stephen como Tracy le saborearon a placer, mientras la señora Brown, conversaba con ellos armoniosamente.

—Le he hablado a lady de mi cuñada, a la cual quiero como si fuera mi hermana, pero del Conde, me temo es cosa suya —dijo la mujer sirviendo una segunda taza de té.

—Por supuesto, cuente con ello —respondió aceptando la segunda taza—. Y una pregunta, he visto un vestido de noche impresionante. Sin mangas. Lo acompaña una capa en blanco con el botón del mismo color del vestido. Dígame, ¿está a la venta?

—Lo siento —dijo Tracy de inmediato—, pero no pienso ponerme un vestido rojo jamás en mi vida.

La señora Brown tuvo que realizar enormes esfuerzos por no reír a carcajadas, ante la reacción de la joven, incluso un par de clientas que habían entrado y observaban los vestidos, se sonrieron sin poderlo evitar.

—Tracy, no he dicho en ningún momento que sea rojo, es negro —dijo Stephen dejando en la pequeña mesa el plato con la taza, pues temía derramar un té tan delicioso.

Pero Tracy se avergonzó y se limitó a bajar la cabeza y tomarse el té en silencio. Sin darse cuenta, había dejado escapar a la verdadera Tracy, lo que no estaba bien, sobre todo después de todo lo que aquel hombre, pese a su juventud, había hecho por ella.

La señora Brown, en cambio, no le dio la menor importancia. Sabía muy bien que no a todas las mujeres le gustaban los mismos colores, era algo muy normal.

—A ella este vestido le va a quedar muy bien, será un estupendo vestido para lucir en una fiesta —dijo con las prendas en la mano.

—Pues me lo llevo también —dijo Stephen—. Y Tracy, alza la cabeza mujer, no tienes por que ocultar, ni tu rostro, ni tus mejillas, pro más sonrojadas que estén.

Tras el té, Stephen pagó el vestido y las demás prendas que se llevaban hechas, dispuesto a pagar el resto a medida que las costureras fueran acabando las prendas, cosa que no tardó mucho, si bien, cada vez que Tracy

debía ir a probarse la ropa, él la acompañaba.

Se hicieron muy buenos amigos, sin intención de ir a más, eran felices así y pensaban seguir siéndolo.

Eso sí, cuando marcharon a Irlanda, durante el viaje le contó a la joven todo lo que creyó oportuno que supiera, evitando mencionar a Regina y a lord Roger Smith, cuya amenaza no tuvo en cuenta en ningún momento.

Capítulo 7

Una vez toda la ropa en poder de Tracy, Stephen le informó de que se marchaban a Irlanda:

—Si deseas despedirte de alguien, dilo y yo mismo te llevo —dijo una tarde en la sala, mientras la cocinera preparaba la cena.

—No tengo que despedirme de nadie —respondió—. No tengo a nadie...

—Tracy, voy a dejar claro una cosa —dijo serio—. Yo no te he comprado para que seas mi amante, por mucho que lleve sin hacerlo seis meses, te lo comprado para evitar que fueras enviada a América. Allí hubieras sido una prostituta, no te veo como tal. Si te llevo a Irlanda, es porque deseo estar seguro de que no vuelvan a intentar llevarte. No te puedo dar otro trabajo que la dama de compañía de mi esposa. Ella está embarazada y delicada de salud, pero yo también estaré, de modo que si algo no puedes hacer, únicamente, debes decirlo y ayudaré. Hasta ahora he sido yo quien se ha ocupado de ella, pero con un bebé en camino... La cosa cambia.

—Comprendo —dijo ya más serena y con un poco de más confianza, pues empezaba a creerle y, además, si hubiera querido algo de ella, ya lo hubiera cogido, habían pasado varios días.

Se sintió afortunada, aunque temía no estar a la altura en referencia a lo que él esperaba de ella por muy poco que pudiera parecer, mas no habló de ello, temió que se sintiera ofendido. Se limitó a sonreír y a prometerse a sí misma, que se esforzaría en ayudar en todo cuanto pudiera.

—Tracy, no quiero que te preocupes —dijo acariciándole con delicadeza el rostro—, estoy seguro de que aquello te gustará.

—¿Puedo pedir un favor? —preguntó abusando un poco de su suerte.

—Lo que quieras —respondió él de inmediato, mientras la criada llegaba informando de que la cena estaba lista—. Gracias, ya vamos.

Los dos se pusieron en pie para dirigir sus pasos al comedor, pero antes de ir, Tracy habló:

—En Irlanda vive mi abuelo. Es una buena persona, no se lleva bien con mi padre, y a mi madre no deja de recordarlo que él no la educó así

—dijo—. Por favor, cuando estemos allí ¿podré ir a verle? Sería recomendable que no supiera lo que ha ocurrido, está delicado de salud y ya tiene bastante edad.

—Por supuesto que sí. No le diré nada de al venta... —dijo pensativo— ¿qué te parece si le digo que te he contratado para ayudarme con mi esposa?

—Me parece bien, muchas gracias —respondió Tracy alegre—. De veras, gracias.

Para Tracy era un soplo de aire fresco. Nunca hubiera podido imaginar que pudiera ver a su abuelo. Le echaba de menos y sabía, iba a ser una gran alegría para él poder ver a su nieta, pues además, era la única nieta, no había más nietos.

Cenó con ilusión, incluso sonrió.

Estaba feliz.

Aquel hombre no era como ella creía, y eso la alegraba, pues aunque era su dueño, la trataba mucho mejor que sus propios padres.

—No he preguntado, ¿dónde vive tu abuelo? —preguntó comiendo ya el postre— Lo quiero saber para poder decir si lo puedes ver dos o tres veces al mes.

Tracy le observó. Necesitaba comprender que era lo que pasaba, que hacía que Stephen fuera tan cariñoso con ella, pero no tardó en comprender que era debido a la infancia que él tuvo y de la cual le habló brevemente. Se había criado lejos de una verdadera familia y era un gesto muy hermoso que se añadía a lo mucho que le debía ya:

—Galway. Vive a las afueras, cerca del río Corrib —respondió con una sonrisa. Con una vez al mes o cada dos meses me es suficiente. De verdad, no pido más.

—¿Y no prefieres una vez a la semana? —preguntó con una amplia sonrisa clavando su mirada en al de ella, quien le observaba curiosa— Verás mi casa está en Galway, es un palacio situado en la orilla del río.

Tracy no podía hablar, emocionada como estaba. Iba a poder ver a su abuelo, recorrer las calles, volver a pisar la tierra donde fue feliz.

—¿Estás bien? —preguntó Stephen al ver que la joven se había puesto nerviosa.

—Sí, es... Son muchas cosas. Yo...

—Tranquila, te comprendo —dijo él—. Mañana nos vemos, anda, ve a la cama. Descansa.

Pero fue lo último que hizo Tracy esa noche. Quedó despierta todo el tiempo, a la espera de aclarar su mente, de poder elegir que hacer y que decir a su abuelo, cuando le tuviera delante.

Sin embargo, no se decidía, no conseguía aclararse. Quedó despierta, observando el lugar, la ropa en la maleta, incluso sus manos.

Al estar cansada de permanecer allí, se levantó, se puso la bata y se sentó en el diván con un libro entre las manos.

Allí la descubrió Stephen a la mañana siguiente, cuando fue a despertarla personalmente, para que se preparase con motivo de la partida inmediata. Incluso había decidido desayunar fuera de Londres.

—Lo siento yo...

—Tracy, deja de pedir disculpas por cosas que no has hecho —dijo interrumpiéndola sin que ella pudiera decir nada más—, en tu situación, yo tampoco hubiera podido dormir. Vístete, enseguida vendrá el lacayo para llevar las maletas.

Tracy obedeció mientras Stephen, que ya se encontraba vestido, bajaba al salón donde sin esperarlo, encontró a su padre:

—No iba a permitir que te fueras sin que te viniera a desear un buen viaje —dijo su padre justo cuando él iba a coger una de las maletas.

—Pensaba pasar por tu casa, ya me despedí de Christopher, hemos quedado en que viajará a Irlanda en unos días, justo cuando yo el informe que he llegado —dijo acercándose a su padre.

—Eso es estupendo, me alegra saber que con él todo está bien —dijo entristecido.

—¿No te llevas bien con Christopher? —preguntó Stephen invitando a su padre a que tomara asiento en uno de los sillones.

—Sí, con él sí —respondió con rapidez—, pero con James...

—James es otra historia padre, y de veras que lo lamento —dijo con seriedad, mientras el lacayo se ocupaba de las maletas—. James es una persona que vive y punto, las responsabilidades no son cosas suya, él cree que el dinero lo arregla todo y eso es un terrible error. Un error que le va a llevar de cabeza en muy poco tiempo. Pero yo tengo mis problemas, aunque si llegado el momento puedo ayudar, le ayudaré.

—Tú tienes más problemas de los que crees —dijo su padre, al tiempo que introducía su mano derecha en el interior de su chaqueta, para del bolsillo, extraer varias notas, que mostró a su hijo sin dárselas.

—¿Qué es eso? —preguntó Stephen intrigado, sin ser capaz ni de imaginar lo que su padre quería decir.

—Cartas amenazadoras de lord Roger Smith —respondió sin entregarlas—. Cree que vives conmigo, por eso las recibo yo. Las he leído y ese hombre no bromea. Eso te lo puedo asegurar.

Stephen palideció. Ni en sus sueños hubiera podido imaginar algo semejante. Siempre creyó que la amenaza en la casa de subastas era para hacerse el interesante, pero todo hacia presagiar que no, era imposible.

—Padre, reconozco que tengo miedo. ¿Qué puedo hacer? —preguntó preocupado— No quiero que Tracy lo sepa, ya ha pasado bastante

—Nada —respondió—. Yo no le voy a dar la dirección a nadie y me consta que Christopher tampoco. Ten paciencia. Estaré al tanto.

—Gracias padre.

—De nada, no te alarmes, pero no es conveniente que vengas mucho por Londres —dijo su padre aconsejando lo mejor que podía a su hijo pequeño.

—Entendido.

Claro que lo entendía, pero era muy triste. Demasiado. Amaba Londres, aún no la conocía del todo, pero le parecía la ciudad más encantadora de todas las que había visto, y habían sido muchas y muy variadas.

Además, estaba el hecho de que Christopher vivía allí con su esposa. Tal vez podía convencerlo para que se quedasen en Irlanda hasta después del nacimiento del bebé, pero luego ¿cuánto tiempo podía transcurrir hasta que se pudiesen volver a ver?

—¿Y la casa? —preguntó Stephen.

—Esta casa me pertenece, por eso no hay alquiler, no voy a cobrar a mi propio hijo, pero la dejaré vacía, con los criados, para dar a entender que vendrás en cualquier momento —respondió con tranquilidad—. No podemos contar con James, pero sí con Christopher.

—Es una suerte —dijo con tristeza—. ¿Algo más que tener en cuenta?

—Otra cosa; las cartas. Es fácil interceptar un correo. No escribas a menudo, o mejor, hazlo con un nombre falso y dirige las cartas a mí. Yo me ocuparé de que le lleguen a Christopher.

—Muchas gracias padre —dijo con tristeza—. Ojalá estas cosas no sean necesarias. Mi intención era ayudar no poder en peligro a inocentes.

—No te preocupes, tarde o temprano cometerá un error y entonces,

nadie podrá salvarlo.

Stephen sonrió con amargura al oír la voz de Tracy que bajaba las escaleras dando instrucciones al lacayo, el cual las cumplió paso por paso según ella señalaba.

—Vamos ya. Padre, gracias por todo —dijo con una sonrisa.

El padre le despidió y saludó también a Tracy, la cual sonreía, ilusionada con su nueva vida, con ver a su abuelo y abandonar aquella ciudad que tan mala lección le había dado: una mujer no tiene derechos.

Capítulo 8

El viaje a Irlanda fue largo pero muy divertido para Tracy. Stephen le preguntó si había salido de Londres, y como la respuesta le resultó tan triste, tomó una decisión:

—Cuando iba a casa de mi abuelo, no parábamos en ningún lugar, hacíamos el camino correcto con paradas en posadas, pero sin visitar ningún lugar.

—Entonces nosotros lo haremos.

La primera parada fue en Bristol. Luego en Derby, seguido de Liverpool para , a continuación, viajar a Belfast, Dublín y Galway.

Fueron días extraordinarios para Tracy, quien conoció lugares, gentes y recibió recuerdos de los lugares con gran placer, en los cuales ella quedó prendada con el Teatro Real en Bristol, donde, además, vio con tristeza que un barco partía hacia África occidental cargado de bienes manufacturados que allí cambiarían por esclavos para llevar a Norteamérica.

—Creí que esto ya no pasaba... —susurró entristecida, siendo abrazada por Stephen, quien la consoló ofreciendo su protección.

—Siempre hay quien se salta las leyes —dijo Stephen—. Anda, vamos a seguir. La próxima parada es Derby.

—¿Derby?

Allí, Stephen la llevó a conocer la famosa fábrica de porcelana Crown Derby donde, además, compró media docena de platos para su esposa y uno para Tracy, quien se mostró muy preocupada pro si se le rompía en el viaje, por lo que en la fábrica le ofrecieron una solución:

—Podemos enviar los platos al palacio en Irlanda, no hay problema en ello.

—Muchas gracias, así me sentiría más segura. ¿Puede ser, Stephen? —preguntó con una sonrisa mientras observaba a su protector.

—Por supuesto, les daré enseguida la dirección —respondió Stephen, dispuesto a todo para que la joven estuviera feliz y su esposa, un poco más animada.

Como animada quedó Tracy en Liverpool al ver el trajín del puerto,

quedó prendada. Había tanto movimiento que, sin darse cuenta, tomó la mano de Stephen y se pegó a él con la intención de no perderse.

—La dama parece un poco asustada —dijo uno de los marineros que, en la proa de un barco, trabajaba afonosamente—, ¿la primera vez en un puerto?

Tracy soltó la mano de Stephen y se apartó avergonzada.

—¿La he ofendido, lady? —preguntó dejando el trabajo y bajando del barco— Disculpe, no era mi intención.

—Es la primera vez que veo un puerto tan grande, eso es todo —respondió avergonzada.

—Este puerto es imenso, sí, desconozco si lo saben, pero un 40% de todo el comercio mundial pasa por aquí. Hay veinticinco dársenas que ocupan veinticinco hectáreas para albergar los barcos —explicó el marinero alegre.

—Realmente es enorme y muy hermoso —respondió Tracy ya mucho más tranquila—, gracias por la información.

—De nada —dijo el marinero—. Esperen un momento.

El marinero subió al barco, habló con el que parecía el conrtramaestre y tras desaparecer de su vista un momento, volvió a aparecer con una pequeña caja entre las manos.

—Uno de mis hobbies en alta mar son los barcos en botella. O soy muy bueno con ello pare me encantaría que tuviera uno —dijo entregando la caja de madera con un cojín tierno en su interior, y, sobre el cojín, la botella de vidrio con un barco sencillo en su interior.

Tracy observó a Stephen, quien hasta ese momento había permanecido en silencio, buscando su permiso.

—Claro que puedes cogerlo, te lo da a ti —dijo él—. ¿Cuánto es?

—Nada, yo los hago en alta mar y luego los regalo cuando llego al puerto —respondió mientras Tracy cogía con cuidado la caja feliz.

—¿Y no le dice nada su...? ¿Conrtramaestre? —preguntó Stephen observando el barco en la botella, que tenía incluso el timón, lo que le pareció una obra de arte.

—Sí, es el conrtramaestre —respondió el marinero—. Él no me dice nada, es un poco pesado porque él en lugar de regalarlos lo vendería, y dejaba el mar, pero mi vida es el mar y esto es un pasatiempo.

Se despidieron animosos y regresaron al coche, ya en dirección a Irlanda, en cuyo país pensaba Stephen detenerse también, aquella idea de

hacer algunas paradas le gustó y la joven parecía feliz, pues cada noche escribía sonriente en un Diario y cuando terminaba, lo cerraba con una sonrisa aún mayor.

Ella no hablaba de su pasado, ni de sus padres. Únicamente se dedicaba a disfrutar, agradecer y escuchar lo que Stephen le contaba. No era que ella estuviera enamorándose, era que no comprendía ni imaginaba su vida sin él. Con él, se sentía segura, se sentía mujer y no hacía nada que no quisiera.

Y ya en Irlanda del Norte, en Belfast, Stephen, le contó a Tracy, mientras ella sonreía, observando el escudo de armas de la ciudad, la historia del mismo:

—El blasón data de 1613, cuando el rey Jacobo VI de Escocia y I de Inglaterra le otorgó el estatus de pueblo a Belfast. El sello fue usado por los comerciantes de la ciudad durante el siglo XVII en sus firmas y monedas. El fundador de la ciudad fue Sir Arthur Chichester.

—Es hermoso todo lo que estoy aprendiendo. Si tu esposa me pregunta qué es lo que hemos hecho durante el viaje ¿puedo contarle todo? —preguntó impresionada.

—Por supuesto que sí —respondió—, a ella estas cosas le encanta, pero su débil salud impide que podamos salir a viajar.

—Será un placer hacerle compañía, estoy segura de que es una mujer maravillosa.

Stephen sonrió. Sí, su mujer era una chica maravillosa que vivía recluida en un Palacio a la orilla del río sin que nadie consiguiera que levantara el ánimo.

Aunque como él mismo pudo comprobar, a Tracy no hacía falta levantar su ánimo, la joven estaba feliz.

Feliz como una niña cuando llegaron a Dublín y pararon en el Phoenix Park. Quería saber más y más, su ansia de conocimiento no terminaba, pero Stephen no mostró cansancio alguno. Le habló de la historia de aquel parque desde la conquista cambro-normanda hasta que fue abierto al público por lord Chesterfield en 1747, sin olvidarse del Monumento Fénix, un monumento en forma de columna corintia con un ave Fénix que renace de las cenizas de su pináculo.

Aunque lo que a Tracy más le gustó fue el castillo de Flishtown.

—Esto es magnífico... —dijo medio dormida.

—Vamos a comer y a dormir —dijo Stephen con una amplia sonrisa.

Tracy aceptó.

Esa misma noche, sin que ninguno de los dos fuera realmente consciente, mientras observaban el paisaje desde la ventana de la posada, se besaron con pasión, como Tracy nunca pensó que un hombre besaría, y como Steven creyó que nunca podría besar. No pensaban en nadie, únicamente en sí mismos, en lo que disfrutaban, en lo mucho que habían aprendido y visto.

Eso, borró de sus mentes todo y, embriagados por la pasión, acabaron uno sin la chaqueta y otra sin la bata en la habitación, en concreto, en la cama, con ella sobre el colchón, el cabello suelto, vestida con un camisón corto de seda azul, con escote en V y unas cintas a modo de tirantes, que dejaba entrever la forma de su cuerpo y sus partes íntimas cubiertas con el sostén y las bragas.

Stephen se quitó la ropa casi con desesperación, quedando desnudo delante de ella, quien se sonrojó, sus mejillas ardían.

—Estás preciosa cuando te ruborizas...

Tracy sonrió, estremeciéndose al tiempo que Stephen acariciaba sus muslos por debajo del camisón hasta llegar a la cinturilla y quitarle la prenda que cubría sus partes tan despacio, que parecía que nunca terminaría. Tracy se agarró a las sábanas y gimió de placer cerrando los ojos y arqueando la espalda.

Él prosiguió con su juego. Le quitó el camisón, la dejó completamente desnuda. Sintió que la excitación era incontrolable, la acarició despacio desde los pechos hasta sus muslos que ella le abrió mientras Stephen la besaba en la boca y ella le correspondía.

Hasta que él, juguetón, entró en su humedad cálida y ella gimió. No le dolía, le gustaba, era demasiado excitante. Aquel hombre la volvió loca: gemía, se movía, lloraba, le abrazaba... no entendía nada.

Y él, perdió el control. Se movió, buscó un hueco y entró en ella, sin ser consciente que ella era virgen.

No lo fue hasta que la miró y la vio llorar en silencio con el rostro contraído...

Abrió los ojos sobresaltado, sudoroso y con el corazón que se le quería salir por la boca, pero al mirar a ella, Tracy se despertaba con dificultad vestida con el camisón.

—¿Qué sucede? —preguntó mientras se flotaba los ojos.

—He tenido una pesadilla... Yo... yo te violaba...

—¿Pero qué dices? Stephen, ni siquiera me has tocado ¿cómo vas a violarme? Vamos, a dormir.

Él la miró y se miró a sí mismo. No parecía que fuese a pasar nada, pues al fin y al cabo, ambos estaban vestidos y la noche invitaba a descansar arropados con la suavidad de las mantas.

Le fue complicado dormirse, pues la sensación de haber hecho algo malo, aunque fuera una simple pesadilla, le golpeaba por todos lados.

Capítulo 9

A la mañana siguiente, Stephen se levantó antes que Tracy, pues no había dormido en toda la noche, pidió al posadero su mejor desayuno y él mismo lo subió a la habitación, despertando con delicadeza a la joven:

—Buenos días —dijo triste—. Te traigo el desayuno. Lo siento mucho, no tengo perdón.

—Buenos días —dijo ella serena—. Tranquilo. Sé que era una pesadilla, no hay nada malo en una.

—Pero no está bien —dijo él, colocando la bandeja delante de ella—, dice muy poco de mí.

—Deja de preocuparte por lo que sueñes. Desayuna conmigo —dijo invitándole—. Además, los sueños son solo sueños.

Tracy era consciente de que él no comprendía lo que ella quiso decir, pero también era consciente de que era un hombre, si para ella todo era nuevo, para él no se quedaba atrás.

Además, de que cierto detalle, no le quedaba claro, suponía que quizás Stephen también había pensado en ello, pero no se atrevía a hablar, pues ya padecía bastante.

—¿Qué pasa, Tracy? —preguntó— ¿Te encuentras mal? ¿Quieres que llame a un médico?

—No, no. Estoy bien —respondió—. Es... prefiero no entrar en ese detalle. Pero yo estoy bien, mas... ya hablaremos luego.

—¿Nada? —preguntó mientras untaba un poco de mantequilla en un trozo de pan— Por favor, habla con confianza.

—Me dijiste que llevaba seis meses sin hacer el amor —dijo ella—. Si llevas seis meses ¿cómo es que tu amante está embarazada y no se le nota el embarazo?

Stephen la observó. Su rostro palideció. No había pensado en ello, pero era imposible que estuviera de poco, él la vio y ella no el dijo nada. Se derrumbó. Incluso se le cayó el pan de la mano que resbaló por su pierna derecha hasta caer al suelo. el cuchillo también cayó.

—Stephen —dijo preocupada, al ver que él se encontraba tan mal—,

¿no lo sabías?

—Sabía que estaba embarazada, pero no caí en ello. Creo que... —calló y rompió a llorar con desconsuelo. Se merecía aquello por sus locuras y no saber vivir en el pasado, pero ¿qué iba a pasar con el bebé? Si ella no decía que era el padre, ¿quién lo mantendría?

—Escúchame Stephen —dijo Tracy, dejando la bandeja del desayuno a un lado—. Vamos a Galway. Te ocupas de tu esposa, te ayudo y ya vemos que podemos hacer. El bebé no es tuyo, no es tu responsabilidad.

—¿Por qué eres tan buena conmigo? —preguntó sin poder mantener la calma.

—Porque sé que eres un buen hombre —respondió de inmediato—. Cometes errores, pues claro que sí. Los seres humanos los cometemos, pero los reconoces y te arrepientes, no todos son capaces de hacer algo así.

Stephen la observó. Tracy era algo más que una chica a la que había salvado, era una mujer inteligente con capacidad para comprender muchas cosas. Calaba a la gente, y no dejaba que las cosas se interpusieran en su camino, por lo que Stephen comprendió que ella podía serle de ayuda en el sentido de comprender a su esposa y también a James, si llegaba el caso.

—Necesito que me ayudes —dijo finalmente—. Verás, yo... Me crié con mi madre. Era una mujer resentida que pagaba conmigo todo cuanto le pasaba. Ante la sociedad era buena, cariñosa, amable, víctima de las circunstancias. Pero de puertas para dentro... Fue terrible. Yo me fijé en una chica. Creí estar enamorado. Nadie me había hablado del amor, del deseo... Acabé casado con ella cuando yo tenía 20 años y ella 17. al poco, me di cuenta de que no la amaba. Fueron tres años horribles. Cometí muchos errores, supe que tenía un hermano, murió mi madre y me hundí. De no ser porque James evitó fuese a más, desconozco si aún seguiría vivo. Luego... supe que tenía un padre y otro hermano.

—Comprendo —dijo Tracy levantándose y sentándose a su lado—. Te ayudaré en lo que pueda.

También ella se abrió a él, contando y mostrando todo lo que aquel hombre necesitaba saber de ella. Por primera vez le habló de sus padres, de sus cicatrices en la espalda, de su rebeldía, de su carácter, de las conversaciones con el ama de llaves y de su aprendizaje a la hora de coser.

—Como ves, tenemos mucho en común —dijo—. Deja de preocuparte. Vamos a Galway. Me vestiré. Necesitaré que me ayudes, el vestido se cierra

por detrás y no llego.

Stephen sonrió. La ayudó, pero le pidió, con timidez, que se dejara el cabello suelto.

Y, tras cambiarse de pantalón, por el pan que cayó y le dejó una mancha, pagó la posada y partieron a Galway, donde llegaron con las luces de la tarde otoñal, que informaba de una lluvia casi inminente.

En la puerta del Palacio de Galway, donde residía Stephen, no les recibió nadie, pese a que el cochero había enviado una nota desde Belfast, informando del día y la hora aproximada.

Pero allí no se encontraba ni el portero ni el mayordomo. De hecho, los paquetes procedentes de la fábrica de porcelana Crown Derby, se encontraban sobre una silla con una cantidad de polvo considerable, al igual que todo las sábanas que cubrían los muebles, lo que alarmó considerablemente a Stephen, quien acompañado por Tracy, recorrió una a una cada estancia del lugar.

Estaba aterrado. Pálido cuales pétalos de un clavel blanco, caminaba rápido, casi corriendo, sin decir nada, pero sin dejar de buscar a una persona o una nota, mas allí no había nadie.

Al contrario.

Los muebles, los cuadros... todo, a excepción de los paquetes que esperaban en una silla del hall, se encontraban cubiertos por sábanas blancas. Las ventanas se encontraban cerradas y las cortinas abiertas, lo que daba lugar a una confusión total.

Una confusión que, cuando entraron en el despacho de Stephen, encontró una explicación de lo más completa, pero también inesperada, con una carta sobre la sábana que cubría el escritorio:

Mi muy querido hermano Stephen:

Me corresponde a mí darte la triste noticia que nos ha conmocionado a todos, aquí en Irlanda y en Escocia también; el fallecimiento de tu amada esposa.

Lamento comunicarte tal tragedia por este medio, pero, en estos momentos, desconocemos donde te encuentras, mas no temas, a tu amada esposa, en su delirio, le fue comunicado por mí mismo, que te encontrabas a su lado, roto por el dolor, rezando, para que no le abandonararas.

El fallecimiento ocurrió el día 1 de noviembre. Desconozco que

hacías ese día, pero querido hermano, espero bien valiera la pena, porque sinceramente, la última palabra que ella dijo, fue tu nombre.

Me he tomado la libertad de encargarme de todo. Me llevo los criados a Escocia, para que trabajen para mí. Hemos enterrado a Melissa al lado del palacio. Su lápida estará protegida de las inclemencias meteorológicas por los tres grandes árboles, donde se encuentra el banco de piedra. Allí reposa.

Muy muy querido hermano, desconozco que será de ti ahora. El palacio te pertenece, la escritura acompaña a esta carta, si deseas algo, ya sabes donde encontrarme.

*Afectuosamente:
James de Hampshire.*

Stephen cayó al suelo. Leyó y releyó la carta una y otra vez. No podía creer aquello. Le parecía una broma macabra, una cruel burla del destino. Sentía que caía en un pozo, sin tener donde poder agarrarse y sin que nadie le ayudara. No había fondo, al menos él no lo veía. Lloró y lloró con la carta.

Sin embargo, Tracy no dijo nada. El día 1 de noviembre, él ya la había rescatado, pero aún continuaban en Londres, pues la modista no había terminado con los vestidos.

—Stephen, una pregunta. ¿De qué hablabas con tu padre en Londres? —preguntó, sin conocer el motivo de haber realizado esa consulta, pues ella únicamente, se dejaba llevar por su instinto— Cuando bajé las escaleras, creo recordar, que dijiste algo sobre “que no se entera ella” o algo así. ¿Te referías a mí?

—¿Por qué me preguntas eso ahora? —preguntó llorando, arrojando lo más lejos que le fue posible, la carta de James.

—Tú responde, yo me guío por mi instinto —respondió ella serena, pero organizando sus ideas para sí misma.

—Lord Roger Smith me escribió varias cartas amenazantes que envió a casa de mi padre —respondió él.

—¿Tienes alguna posibilidad de conocer este lugar? —preguntó ella intrigada.

—Que yo sepa no —respondió él—. ¿En qué piensas?

—Quizás lo ha averiguado, si es tan peligroso... Yo...

—¿Quieres decir que ha venido hasta aquí, para asesinar a mi esposa? —preguntó— Es demasiado rebuscado.

—¿Ah sí? ¿Cuántas chicas ha perdido? ¿No es rebuscado, organizar una subasta para que un socio te compre a una chica?

Las palabras de Tracy le pusieron en alerta. Se limpió las lágrimas y se puso en pie. Si él hubiera sido Smith, hubiera hecho eso mismo: una chica por otra chica.

—¿Qué propones? —preguntó a Tracy, ya que ella parecía tener casi todas las respuestas.

—Vayamos a casa de mi abuelo —respondió segura—. Él nos podrá ayudar y nos aclarará que ha sucedido realmente aquí.

—Pues vamos.

No tardaron en ponerse en marcha, protegidos por la oscuridad que caía sobre la ciudad, y el mal tiempo reinante que había dejado las calles de Galway en absoluto silencio y soledad. El ruido del coche de caballos quedaba ahogado por el sonido del agua que caía y del viento, que amenazaba con romper las ramas de los árboles.

Capítulo 10

Sin embargo, no tardaron en llegar a la casa de lord Hamilton, el abuelo de Tracy, quien recibió a su nieta con gran alegría y dando muestras de un gran entusiasmo.

No la esperaba, pero no tardó en pedir al ama de llaves que ventilase la habitación:

—Se quedará en su habitación de siempre, y su acompañante en al de mi hijo. Asegúrese de que no les falta de nada.

—Sí señor.

Mientras ella se encargaba de todo, Tracy habló con su abuelo sin comentar que habían hecho sus padres, pero sí le dejó leer la carta, que James escribió a Stephen, y este arrojó en el salón, pero ella recogió antes de salir del palacio.

Su abuelo la leyó con atención, y luego, tras pensar un rato, comentó:

—Recuerdo la noticia. Ese día, por la mañana, vino un hombre en busca de Stephen. Yo no le dije nada, pero recuerdo que alguien del pueblo si se lo dijo. Lo más extraño, es que esa misma tarde, se marchó y por la noche, se comentaba la tragedia.

—Perdone, pero ¿no recuerda el nombre de ese visitante? —preguntó Stephen mientras se flotaba las manos.

—Era... espera... lord Roger... lord Roger Smith —respondió al cabo de un rato intentando recordar.

Stephen y Tracy se miraron. Ambos palidecieron, era lo peor que podía acontecer, pues significaba que alguien le había dicho donde vivía.

—Te voy a preguntar algo, una sola cosa. ¿Crees que James hablaría con él?

—Tracy, no tengo la menor duda —respondió Stephen serio—. Por favor, quédate aquí, con tu abuelo. Yo regresaré a Londres e intentaré poner sobre aviso a mi familia.

—Stephen, no lo puedo consentir. ¿De verdad crees que después de todo lo ocurrido voy a esconderme? Soy una mujer, pero tengo mis armas.

—Como desees, pero, en ese caso, hay que ser sinceros con tu abuelo.

Tracy lo fue. No ocultó nada a su abuelo. Ni el hecho de ser vendida ni quien en realidad era ese tal Smith. Para ella fue difícil, esperaba un ataque de rabia en cualquier momento, pero el abuelo se contuvo, era casi como si lo esperara. Las lágrimas le caían por sus mejillas, pero aun así, se sentía orgulloso de su nieta. Él, se había equivocado con su hijo, pero no con su nieta, aunque saber que su hijo prefería vender a la sangre de su sangre en lugar de ir a vivir totalmente gratis allí...

—Te estoy muy agradecido por tu ayuda. ¿Cuánto costó?

—Nada, lo he dado con gusto. Ahora, lo importante es poner en aviso a mi hermano, pero ¿quién le pudo dar al dirección en Irlanda?

—¿Quién la sabía en Londres? —preguntó el abuelo de Tracy mientras se ponía en pie para tocar una pequeña campanilla que tenía cerca— Quien la sabía, la dio.

Stephen quedó pensativo. Quiso aclararse la mente, pero las circunstancias que rodeaban las muchas novedades en su vida, se lo impedían. Además, se sentía triste por su esposa. No la amaba desde hacía mucho, pero... de ahí a desear su muerte existía un camino demasiado largo que nunca recorrería, y menos aún, con un hijo en camino al cual nunca conocería.

—Quedaos aquí en casa. Descansad. Cenad y dormid, mañana veremos las cosas de otro modo —dijo el abuelo, al tiempo que la puerta de la sala se abrió y entraba una criada—. Que la cocinera prepare comida para mi nieta y su acompañante.

—Sí señor.

—Mañana iré con vosotros a Londres, he de hablar con mi hijo —dijo mientras les hacía una señal para que lo acompañaran—. Stephen, ¿sabes que harás con el Palacio?

—Ahora mismo...

—Comprendo. Ahora es normal, pero deberías pensar en venderlo, este y la casa en el pueblo son para mi nieta. Ya sé que no es tan grande como el tuyo, pero es grande —dijo el hombre con naturalidad—. Y en Londres dispones de una casa ¿verdad?

—Sí, una mansión —respondió, sin comprender el motivo de aquella cuestión—. No entiendo nada...

—Si vendes el palacio, ese tal Smith no podrá localizarte —respondió Tracy con firmeza, calando ya la idea de su abuelo—. Pero una cosa, tu padre

te quiso localizar, pero James sí recibió cartas, ¿por qué tu no?

Stephen se dejó caer en una silla junto a la mesa del comedor. Su mente era un torbellino de confusión sin sentido. ¿Cómo era que Tracy sabía de eso? ¿Qué había sucedido? Debía comprender la situación antes de actuar pero no sabía por donde comenzar.

—Cenemos y dormís. Mañana lo veréis todo diferente. Tracy, deja al joven, tiene que aclarar su mente antes de responder a tantas preguntas.

El consejo de aquel hombre era muy interesante, pero Stephen dudaba que fuera a funcionar.

Sin embargo, aquel hombre estaba dispuesto a todo por su nieta, y, en lugar de irse a descansar, se dirigió en plena noche de tormenta, en busca de ayuda en un Club donde sabía, nadie callaba y las noticias de Londres llegaban para que las jóvenes que iban a ser presentadas en sociedad, supieran quien era el mejor partido.

Allí llegó preocupado, siendo recibido por dos amigos que no tardaron en darle toda la información que tenían a su alcance, aunque uno pidió un favor:

—Llevo años buscando a mi hija...

—Tranquilo, yo le doy la información al Conde y él que te la busque.

El trato era beneficioso para todos, pero a Stephen le preocupaba, pues si aquel tuvo que ver con la muerte de su esposa, ¿qué podía hacer a su hermano?

Le parecía que no iba a llegar a tiempo, estaba desesperado, pero tampoco podía obligarlos a ir más rápido, pues no se encontraba en su mano lo de meter prisa, bastante hacían ya por él, una ayudando y la otra callando lo que ocurrió.

Sin embargo, se juró que si llegaban a tiempo para salvar a su hermano y a su cuñada, diría lo que sucedió y aceptaría el castigo que le correspondía.

Un castigo al cual temía más que a la propia muerte:

—Estás muy apagado. ¿Te encuentras mal? —preguntó el abuelo de la joven al mediodía, al ver que Stephen, por fin, se levantaba.

Stephen no pudo ocultar el incidente del beso con Tracy y la pesadilla. Lo contó todo. Temía no poder acabar antes que aquel hombre cogiera cualquier objeto y le golpeará hasta la saciedad, por lo que habló rápido y, cuando acabó, esperó su castigo, pero no le llegó:

—No te diré que hiciste bien, pero las circunstancias y el

desconocimiento... Es comprensible. Tranquilo. Además, fue una pesadilla y nadie manda en los sueños, es lo más que te puedo decir. Además, no me queda la menor duda de que mi nieta te ha cogido cariño —dijo el abuelo cansado.

—Gracias por su comprensión... yo... —calló, no sabía qué decir.

—Por cierto, Tracy me ha contado de vuestras visitas a diferentes lugares y me ha mostrado los regalos. En vista de que este va a ser para ella, le he propuesto que los deje aquí, no sé si te parece bien.

—Esos regalos son de Tracy, es ella quien ha de decidir donde tenerlos.

—Pues decido que nos vamos ya —dijo entrando en la sala mientras se ponía los guantes.

Stephen la observó sin comprender anda, pues su abuelo no había tenido tiempo de decirle nada aún, pero se lo comunicó en ese instante, aclarando que debía un favor.

—Pues adelante, vamos —dijo con una sonrisa mientras se relajaba y, tomando una flor del florero, la cortó y se la colocó a ella en el cabello, dando un beso en su rostro de porcelana—. Gracias.

Tracy sonrió. No tenía ninguna necesidad de recibir la menor aclaración. Lo ocurrido no era culpa de nadie, aunque tenía miedo por la familia de Stephen.

Debían llegar, informar y poner sumo cuidado en todo para no caer en las redes de Smith, desconociendo que, en Londres, ya estaban tomando cartas en el asunto, sobre todo, cuando él recibió una misiva en la cual su padre le preguntaba si sabía de Stephen y la respuesta fue que no.

De hecho, no sabía su dirección en Irlanda, y aseguró que, en una conversación que tuvieron, le contó no haber recibido una carta de su padre, nunca, lo que le hizo pensar y mucho.

Su padre, aun así, pensó largo y tendido, pero Christopher no le podía ayudar, y los padres de Grace, que ya vivían en su nueva casa, aún menos, aunque Grace quiso poner su granito de arena, y habló con Megan y con el cochero, mas ninguno de los dos le puso ayudar, durante su viaje a Escocia, únicamente hablaron con un Smith y, desde luego, no era ese lord Roger.

—Pero te lo ruego mi amor, dame una oportunidad —dijo Grace pensativa.

—¿Qué tienes pensado, cariño? —preguntó intrigado el Conde.

—Es una intuición. ¿Confías en mí? —preguntó ella, mientras colocaba

su mano en el vientre, y sentía el movimiento de su hijo.

—Sabes que sí —respondió Christopher colocando también su mano en el vientre de su esposa.

—Pues dame una semana —dijo con una sonrisa—. Si en una semana, no he conseguido respuesta, te lo dejo a tí.

—Como tú digas, pero no te agotes, si necesitas ayuda, pídelo a quien sea, incluso Alberto estará a tu entera disposición —dijo él sonriente.

—Muchas gracias mi amor.

Sellaron el trato con un beso en los labios, un beso muy parecido al que, antes de subir al coche de caballos, dio lady Tracy a lord Stephen dejándose llevar por su instinto, delante de su abuelo, que sonrió al ver aquella escena.

Para él no había nunca duda; su nieta lo quería y él a ella, pero la situación no les era propicia.

Capítulo 11

Sin embargo, lord Hamilton no dijo nada a su nieta ni al padre de Stephen, quien les recibió con los brazos abiertos dispuesto a ayudar en todo:

—Creo que los jóvenes deben descansar —dijo el padre de Stephen—. Si lo deseáis, lady Tracy, podéis ir a descansar en la habitación donde antes lo hicisteis.

—Me encantaría. Muchas gracias —dijo, y se levantó, dirigiendo sus pasos a la habitación mencionada.

—Padre, ¿podéis dejarme a mí una habitación? —preguntó Stephen, el cual se negaba a pasar la noche en la misma cama que Tracy.

—Claro, toma la contigua a la de lady Tracy, ya está lista.

—¿Sabías que veníamos? ¿Cómo? ¿Desde cuándo? —preguntó extrañado.

—No, no lo sabía, pero en pocas semanas será Navidad, y estoy preparando las habitaciones para los invitados a la fiesta —respondió—, aunque necesitaremos, creo, un par de habitaciones más.

—Pues vale, me voy a descansar. Por cierto... ¿Grace?

—Se encuentra bien, bastante cansada, pero el embarazo transcurre bien —respondió con una sonrisa.

Stephen se dirigió a la habitación que le había indicado su padre, y se acostó, quedándose dormido casi de inmediato.

No le hacía gracia la Navidad, pero tampoco podía permitir que la tristeza o el miedo le abrumasen ni mucho menos, y después del tiempo transcurrido, con todo lo acontecido, el embarazo de Grace podía ser la única alegría de la familia, pues en realidad, no era el momento para divertirse con lord Smith amenazando por doquier.

Aun así, aún quedaba para el 6 de diciembre, que era el día en el cual arrancaban las festividades, y era posible que, para ese día, todo hubiera acabado.

Se durmió agotado, para despertarse a la mañana siguiente con Tracy en pie, ya preparada, y encontrar a su padre y al abuelo de la joven, conversando a puerta cerrada.

—¿Qué pasa? —preguntó una vez bajó.

—Están conversando. Al parecer, tu hermano ha descubierto algo, claro no lo tengo —respondió Tracy de pie, apoyada en el quicio de la puerta que daba al comedor.

—¿Mi hermano? ¿Qué ha encontrado? —preguntó curioso— ¿Acaso está en el caso?

—No puedo responder, no conozco al Conde de Hampshire —respondió Tracy—, pero el mayordomo si es bastante curioso y me parece que te puede ayudar, mas yo soy una mujer.

Stephen sonrió agradecido. Por fin parecía otra mujer. El incidente parecía que había quedado en el olvido. Poco o nada quedaba de aquella chica que lloraba, que enfermó cuando fue comprada. Supo reaccionar, fue capaz de muchas cosas, fue capaz de todo, y le daba la sensación de que él no había ayudado.

—Lo siento mucho —dijo antes de apartarse de ella para ir en busca del mayordomo—, debí ayudarte más.

—Cuando mi vida estuvo en peligro, tu me ayudaste. Cuando enfermé me cuidaste. Cuando tuviste la oportunidad de enseñarme las ciudades, me llevaste a verlas. Tú no me has hecho daño. Busca al mayordomo y averigua lo de tu hermano, yo esperaré por si hago falta.

Las palabras de Tracy lo consolaron, aunque no era el momento de tomarla por la cintura y besar sus labios, como tampoco de distraerse con su mirada o el sonido de su voz.

Buscó al mayordomo, al cual encontró en el exterior de la casa con el portero, y hablaron tranquilos, aunque la información recibida le causó mucho miedo:

—¿Quiere decir...? —preguntó con miedo a la respuesta, en voz baja.

—Sí, pro lo que su padre me ha comunicado, todo ha sido idea de la Condesa. Ha sido ella la que tuvo la intuición, aunque asegura que solo es eso, casualidad —respondió.

—¿Casualidad? Es demasiado inteligente para eso —dijo Stephen—. Se olió algo que nosotros no nos oímos y eso que somos hombres. ¿Se sabe si la intuición es correcta?

—No, aún no —respondió el mayordomo—. Pero he ido a informar al Conde de que se encuentra aquí, por lo que si existe algún error o algo informativo, llegará una nota.

—Muy bien, esperaremos entonces —dijo dejando escapar un profundo suspiro—. No soporto estar sin hacer nada...

—Si acepta un consejo...

—Claro que sí. ¿Alguna idea?

—Vaya al Club. A mi parecer, todo esto de lord Roger Smith ha hecho que nadie piense en lady Regina —respondió el mayordomo con total tranquilidad.

Stephen comprendió el asunto y se dedicó a hacer caso al consejo, pues aunque los actos de Regina ni le iban ni le venían, no podía dejar de pensar en el bebé.

Cierto que no era suyo, el suyo yacía con su madre sin haber conocido el mundo, eso le desgarró el alma, y una vez llegó al Club, olvidando donde se encontraba, rompió a llorar.

—¿Qué sucede? Preguntó intrigado un hombre invitándole a sentarse en un sillón en el vestíbulo.

—Yo... —respondió él cabizbajo, intentando no llorar.

—Antes de nada, una pregunta ¿es lord Stephen de Hampshire? —preguntó con calma, sin presionarlo.

Stephen asintió con la cabeza. El hombre palideció al ser testigo de aquello y le dio un pañuelo, que el joven no dudó en coger.

—Tranquilo, llore lo que necesite, es algo que duele mucho.

Stephen no dijo nada, pero sí pudo ver que varios hombres se acercaban queriendo saber qué sucedía, a lo que, quien le ayudó, no dudó en comentarlo.

—Vaya, triste situación... —dijo uno.

—Tan joven y con unas pérdidas tan importantes... —dijo otro.

—Hay personas que necesitan perder para valorar las cosas, pero él no necesitaba eso maldita sea, es muy joven —dijo un tercero acercándose a Stephen—. Anda ven conmigo dentro, en la sala privada podrás descansar y hablamos, yo perdí a mi esposa y a mi hija, sé lo que sientes.

Stephen se sentía avergonzado, pero era como si se hubiese dado cuenta de lo que había perdido y no lo soportaba.

—Hubiera preferido saber si era niño o niña —dijo entre susurros, sin ver nada de lo que en la sala había...

—Eso no importa, lo que en verdad importa, es que le querías y lo sabe. Los dos lo saben.

—¿Pero cómo lo sabe? —preguntó limpiándose las lágrimas.

—Hijo, tu hermano me lo comunicó. Recibí una carta pidiendo que viniera —respondió con una sonrisa sincera— y aquí estoy. Soy Smith.

—No fue Christopher.

Pálido y entristecido, con el pañuelo entre las manos, puso al corriente a aquel hombre, que reconoció lo que, al parecer, lady Grace ya sospechaba:

—Sí, soy el padre de Roger Smith —dijo triste aquel hombre—. No es algo de lo que esté orgulloso, pero me alegra que consiguieras a la joven Tracy Hamilton, ya le he hecho llegar a tu padre una carta con el total de la venta, pidiéndole que hiciera el favor de darte el dinero que te corresponda.

—Gracias, pero el dinero no importa. ¿Puede hacer algo con Roger? —preguntó Stephen triste con una mirada apagada.

—Lo intentaré —respondió resignado—, pero ¿por qué has venido al Club?

—Porque quiero saber que hace lady Regina —respondió, sin confiar en obtener una respuesta.

—¿Por qué os interesa? —preguntó lord Smith, con la esperanza de que aquella conversación aliviara el espíritu del muchacho.

—Porque...

Stephen guardó silencio. Desconocía como redactar la historia sin que Regina pareciera una cualquiera y él un imbécil. No podía pensar con claridad, su cabeza era un hervidero de ideas, preguntas y dudas. Por suerte, lord Smith parecía no tener prisa y esperaba con paciencia una respuesta mientras se bebía una taza de té.

Una taza que se volvieron dos, antes de que Stephen pudiera contar lo más relevante sobre la joven.

—Comprendo —dijo lord Smith una vez hubo escuchado la historia—. La historia es complicada, pero no hay nada más peligroso que una mujer acorralada, y más, embarazada. Pero me gustaría ayudar al Conde, pues ya que estoy aquí...

—Creo que se lo agradecerá aunque no suele venir al Club, no le agrada que le inviten al alcohol —dijo Stephen ya más tranquilo, aunque con la sensación de que nunca podría ser padre.

—Pues iremos a tomar chocolate, ¿sabes dónde está? —preguntó lord Smith.

—Mi cochero seguro que sí —respondió curioso.

—Pues veámonos en casa chocolate mañana a las 4. ¿Te parece bien?
—preguntó lord Smith, sin deseos de que le preguntara por el motivo de una hora tan extraña.

—Sí, por mí no hay problemas —respondió—, ya por parte de mi hermano lo desconozco.

—Entonces vamos a su casa y le pregunto —dijo lord Smith con toda la tranquilidad.

—Será a su casa ¿no? Que yo sepa es su casa, mi hermano vive de alquiler.

—Por ahora. Cuando nazca el bebé le daré la casa, yo no la necesito, tengo dinero y así mi hijo no tiene otro lugar donde maltratar a las pobres chicas, ¿a quién habrá salido?

Capítulo 12

Lord Smith se dirigió en su propio coche de caballos hacia la vivienda del Conde, mientras era seguido por Stephen, quien en su coche, no quería pensar demasiado, se sentía tan mal que incluso sentía náuseas.

Pero no decía nada, al contrario, se dedicaba a pensar en cosas que poco tenían que ver con lo ocurrido en las pasadas semanas; en las piezas cerámicas de Crown Derby.

Aún tenía en su posesión la dirección de la fábrica, y quería tener una vajilla completa de eso, pero no sabía si era el momento adecuado para ello, suponía que, quizás, cuando todo aquello acabara.

Mas, en cuanto llegó a la casa de su hermano, y vio en la puerta a la Condesa, comprendió que el momento había llegado.

La joven estaba muy hermosa con su vestido color crudo y un sobrevestido de manga larga en verde cerrado hasta al cintura y abierto hasta el borde del vestido. Se le notaba el embarazo. Poco, pero se le notaba.

Bajó del coche y se acercó a ella con una sonrisa que no sabía de donde había salido.

—Buenos días, me alegra volver a verte —dijo antes de besar con delicadeza la mano de la joven.

—Buenos días Stephen, yo también me alegro de volver a verte —respondió tranquila, con una sonrisa, invitándole a entrar en la vivienda.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó mientras la seguía.

—Mucho mejor —respondió entrando en la casa—. Las náuseas han pasado, el malestar también, el único problema es que siempre estoy cansada.

—Comprendo, pues deberías descansar ¿no te parece? —preguntó entrando en la sala primera de la vivienda, una sala que era utilizada para determinadas visitas.

—En cuanto esto termine —respondió sentándose en el sillón—, me iré a descansar.

Inmediatamente después de decir aquello, en la sala hizo su entrada Christopher, quien saludó de manera general a los presentes, para, una vez junto a su esposa, besarla en la frente y acariciarle el vientre con cariño.

—Ve a descansar cariño, Megan cuidará de ti, ya me ocupo yo —dijo con una sonrisa enamorada—. Descansa mi amor.

—Gracias cariño —dijo ella, antes de ponerse en pie y, tras despedirse, salió de allí.

Una vez los tres hombres quedaron solos, lord Smith puso al corriente de todo a los dos hermanos:

—Yo tuve ese hijo con una mujer que no quiso casarse conmigo, de hecho, ni sabía que estaba embarazada, pero sí decidí que me haría cargo de él cuando lo supe. Sin embargo, igual que hizo su madre, él me rechazó. Entonces, me puse en marcha para evitar que continuara con su trabajo indigno, pero no pudo evitar todos los casos. Mi esposa me ayudaba y me consolaba, mas cuando ella falleció... Sin embargo, recibí la carta y... bueno, ya saben. Aquí estoy.

—¿Puede detenerle? —preguntó curioso Stephen.

—Lo intentaré —respondió resignado—, si nos pudiéramos encontrar en la house chocolat, mañana a las 4 de la tarde...

—Por mí, no hay problema —dijo Stephen—, a ti ¿qué te parece, Christopher?

—Lo estaré.

Los tres quedaron de acuerdo, mientras en la habitación de Grace, la joven conversaba, recostada en el diván, sobre lo que sucedía y sobre Tracy, con Megan, quien cosía un traje para el bebé que permanecía en el vientre de la Condesa.

—¿Estás segura de que es un niño? —preguntó curiosa.

—No, pero si es una niña, puedes dejarlo para el siguiente —respondió Megan sin dejar de sonreír.

Grace agradeció aquello con una amplia sonrisa, sabía que no tenían la menor idea de lo que era el bebé, pero sería feliz, muchas personas ya lo querían, o la querían, pero lo principal era que tendrá un padre y una madre. Una familia a su alrededor y un deseo muy importante: podría casarse por amor.

Grace sabía muy bien, que fuera la fortuna de la familia la que fuera en el momento en el que el bebé pudiera contraer matrimonio, la boda sería por amor.

Pero para eso aún faltaba mucho. Sin embargo, se alegraba enormemente de poder dar a ese bebé, un futuro tan hermoso, un futuro lleno

de amor, de esperanza, de perdón, de segundas oportunidades. Un futuro completo.

Se durmió pensando en ello, mientras Megan dejaba de coser para poder ver al hombre, que, sin proponérselo, le estaba robando el corazón, pero al que, por ser ella doncella, no se atrevía a hablarle.

Mas tardó mucho en apartar la mirada, pero lo hizo en cuanto llegaron al jardín los dos visitantes: Stephen y lord Smith. Lo que significaba que el Conde estaba solo.

Aprovechando que estaría solo, bajó para poder hablarle, de modo que la conversación sobre Tracy se pusiera a comentar y pudiera conocer, si, la idea de Grace, podría verse cumplida.

Pero las cosas eran mucho más sencillas de lo que ella pensaba, pues en cuanto bajó, pudo oír que el Conde daba las instrucciones necesarias al ama de llaves, para que Tracy pudiera, de algún modo, pasar un día con ellos en un pequeño picnic.

—Pero señor, aún le debe uno a su esposa —dijo el ama de llaves.

—Lo sé, y sé que ella comprenderá que invitemos a lady Tracy —respondió él tranquilo—. Esa joven lo ha perdido todo, mientras que nosotros no hemos sino ganado.

—Muy bien señor, ¿qué podemos preparar para el picnic?

—A eso te respondo yo —dijo con una amplia sonrisa Grace mientras se acercaba a ellos— Estofado, pastel de limón y... y... espera no lo recuerdo... espinaca y huevo. Le gustará.

—Muy bien, daré las instrucciones a la cocinera y que el sábado esté todo listo a primera hora de la mañana —dijo el ama de llaves retirándose de inmediato del lugar en dirección a la cocina.

Megan ya iba retirarse cuando el Conde le preguntó como sabía lo que debía ser preparado:

—Señor, Grace ya ha realizado sus pesquisas y estábamos preparando nosotras un picnic, esperamos que no pase nada en esta ocasión que nos lo impide —dijo ella—. De todos modos, que usted se encargue nos libera de trabajo y se lo agradecemos.

—Descansad las dos, yo me ocupo. Y Megan, me llamo Christopher.

—Lo siento señor, pero como es Conde...

—Si fuera rey, para ti, al igual que para mi esposa, soy Christopher.

Las palabras del Conde ruborizaron las mejillas de Megan, quien volvió

a la habitación de su señora dispuesta a continuar con su costura, una costura muy grata que le hizo ver a la joven el cariño que le había cogido a ese bebé y lo mucho que le gustaría a ella llevar uno en su vientre, pero como no podía ser... Se conformaba.

Aunque no con la poca ropa que tenía el bebé, pues tenía tan solo lo comprado por Christopher y los dos que ella había cosido: le parecía muy pocos.

Aunque cuando llegó el día del picnic, que por fin pudo ser realizado, a Grace y a Megan les pareció que no iban a tener donde guardar todo lo que era para el bebé, pues Tracy les llevó varios trajes y pijamas, así como una linda cuna que, tras el picnic, la joven madre recibió emocionada en el salón de la vivienda.

—Stephen...

—Calla Christopher. Me diste el dinero para que la gastara en lo que yo quisiera, pues ya que mi hijo no va a poder disfrutar, que lo haga mi sobrino. Además, mira que tres.

Lo que estaba mostrando Stephen a su hermano, era un trío formado por Grace, Megan y Tracy. Las tres reían y conversaban como si se conocieran de toda la vida, aunque en verdad eran tres jóvenes alegres que se hicieron amigas de inmediato.

Y aunque al principio en el picnic, Tracy se sentía fuera de lugar, fue bastante con un movimiento del bebé, para que comenzaran a charlar y no parasen, algo que hizo muy feliz a Stephen, quien le comentó con tranquilidad a su hermano su sospecha.

—Es posible, no sería la primera muerte que se le tribuye, pues hace unos días, la joven a la que golpeó fue enterrada y todos dicen que fue de una paliza.

—Pero a mi esposa la tuvo que envenenar.

—Existen muchas hierbas venenosas, Irlanda es puro campo y... bueno, lo siento, pero está James.

—No pensarás que...

—Yo no pienso, afirmo.

Aquellas palabras hicieron rabiar a Stephen, quien no dudó en callar por respeto a las mujeres y al tan grato día, pero eso de decir que James era un asesino, casi que le entraban ganas de darle un puñetazo, mas se decidió a respirar con calma y pedir, ya sereno, una explicación:

—James fue quien escribió la carta. Quien nos puso en contra tuya. Y nadie ha visto a su esposo. Además, ¿dónde están las cartas que nuestro padre te escribió?

Stephen cayó en una silla pálido. Sudoroso y con los ojos desencajados. Christopher pidió ayuda para llevarle a un sofá donde pudiera descansar, pues no le quedaba la menor duda: había sido demasiado para él.

Capítulo 13

La charla de los dos hermanos duró toda la noche, una vez Stephen se repuso de la impresión. Desconocía que podía hacer y qué podía decir, pero tenía claro que las cosas se les estaban complicando demasiado.

—No te preocupes —dijo Christopher—. En Richmond, el sacerdote me contó que, cuando nos vemos así, tenemos que estar tranquilos, escuchar nuestro interior y obedecer a esa voz de nuestro interior.

—¿Sí? —preguntó Stephen intrigado— ¿Y si quiero enviarlo todo por el Támesis?

—Pues hazlo —respondió Christopher sin tardanza—. Coge todo y tíralo. Lo que de verdad tengas que guardar, se quedará.

Stephen palideció un poco, pero aceptó la idea, de todos modos Christopher era mayor, tenía más ideas, más intuición, aunque él no lo pudiera comprender en su totalidad.

—Descansemos un poco —dijo Christopher—, mañana verás las cosas de otro modo.

—De acuerdo.

Stephen se quedó en el sofá donde se encontraba sentado, y durmió un poco sin querer saber absolutamente nada, pero casi no había dormido, cuando unos golpes y unas voces lo despertaron a él y a Christopher, quien dormitaba en un sillón con las piernas en una mesa.

Sin embargo, no salieron, la misma Megan llevó a la sala a Tracy cogida de la mano:

—Quedémonos aquí, Grace se encargará —dijo seria, apoyándose contra la puerta cerrada.

—Pero...

—Por favor, es decisión de ella.

Christopher suspiró, ahogado por el dolor, mientras Stephen comprendió que era la hora de devolver un poco de paz recibida, mas no le era tan fácil, pues el dolor y el miedo, aumentaban a cada rato.

Aunque desconocía que era algo innecesario; Grace estaba muy centrada en su embarazo. Amaba a su hijo y a su esposo, no quería poner su

vida en peligro aunque a Regina eso no le importara:

—Tenemos que hablar —dijo seria, desafiante.

Grace la observó fijamente. De aquella mujer embarazada a la joven que fue su amiga, no era la misma, pero sí lo era.

—Siéntate y hablemos —dijo con calma—, tenemos mucho por contarnos. ¿Cómo te encuentras?

—No vengo a hablar, vengo a...

—Espera —dijo Grace poniéndose en pie—, llamaré a la cocinera, que traiga un poco de té.

—He dicho que...

Pero Grace ya se encontraba en la puerta de la sala, hablando con una criada. Regina comprendió que Grace no había cambiado. Era la misma chica inocente que se negaba a pagar los platos rotos de sus padres y que era feliz aún cuando su mundo se hundía.

—Traiga un té para dos —dijo Grace una vez llegó al criada.

Al poco llegó, con la bandeja y con la bebida caliente, mientras Regina sentía que le hervía la sangre. ¿Acaso no tenía sangre en las venas? Grace la ponía de muy mal humor, pero era a la única que podía acudir después de lo ocurrido, pues su madre no iba a ayudarla y su padre no quería perder el único techo que le quedaba después de haber tenido que vender la casa de Richmond.

—Venga, bebe el té y ahora hablemos —dijo con una sonrisa—. Por cierto, ¿cómo te va el embarazo?

—Pues bien, pero necesito un padre...

—¿De quién es? De Christopher no, eso lo sé —dijo mientras movía con la cuchara el azúcar en la taza de té.

—De Alfred Eden —respondió, sin darse cuenta de que lo había dicho en voz alta, y desconociendo que ese nombre, no le era desconocido a Grace, quien estaba totalmente al corriente de todo lo que sucedía alrededor de la vida de su cuñado.

Grace se tomó su taza de té con calma, a la espera de que a Regina se le ocurriera decir algo más sobre el padre, pero no lo hizo, muy al contrario, se dedicó a explicar el motivo por el cual necesitaba su ayuda.

—Un hijo necesita un padre. Tanto si es niño como si es niña. En el mundo en el que vivimos, la vida es compleja, pero un padre allana el camino. Debes ayudarme. Hazme el favor. Stephen no quiere escuchar

porque el niño no es suyo, pero si le hablas... ¿Sabes si James tiene alguna amante? Ya sea Stephen o bien James, lo que importa es que lo tomen bajo su protección, de ese modo, podría tenerlo todo. Su padre no es buena persona y mis padres se niegan a echar una mano.

Grace la escuchó sin mucho interés, pues de todos modos, ella no podía ayudar a su antigua amiga, sabía que Regina estaba allí y en aquella situación, porque nunca había querido tomar una decisión.

—Sabes que no puedo ayudarte y que con Stephen ni has hablado siquiera. Tú eres quien ha de tomar la decisión. Hasta ahora has huido pero el tiempo de escapar se terminó —dijo Grace con la taza de té en la mano derecha y el pequeño plato en la izquierda.

—Te pido ayuda a ti —dijo Regina seria.

—Pero yo no puedo decirte nada. Lo siento mucho.

—Siempre tienes algo que decir; una solución, una idea, una ayuda... No por mí, por mi hijo —dijo Regina, sin comprender el porque de esa falta.

—Pero en esta ocasión no, recuerda que viniste a mi casa hace pocas semanas pudiéndome que te permitiera casarte con mi marido, y a cambio, dejabas que yo fuera su amante —habló con calma y sosiego—. Sabes que me casé por amor y que Christopher también, me parece que, a lo más que puedes llegar a obtener de mí, es ser recibida en mi casa. Respecto a tu hijo, no soy tan mala, te dejaré ropa alguna que otra vez.

Regina no dijo nada, se tomó el té y se dirigió a la puerta sin mirar atrás. Comprendía que era imposible sacarle más a Grace. Además, su modo de comportarse la ponía nerviosa, y no podía dejar pasar que estaba embarazada.

Desde que se quedó embarazada, cada vez que se irritaba, las náuseas, el malestar general y el dolor de cabeza la acompañaban durante días, y después de la última conversación con su padre, no la cuidaba nadie.

De hecho, le habían dicho que su necesitaba una enfermera, se la tendría que pagar ella.

De modo que, hundida, se dirigió en busca del padre de su hijo.

Desconocía si se encontraría en su casa o no, pero al menos podría intentar localizarlo y eso era muy importante, era su última esperanza, una oportunidad que, por el bien de su hijo, no podía dejar atrás, por mucho que lo deseara.

Y lo deseaba con todas sus fuerzas, aunque cuando llegó a la puerta de la mansión, comprendió que aún tenía orgullo y que no quería que fuese ese,

el día en el cual lo perdiera, después de haberse rebajado ante la condesa de Hampshire.

Regresó a su casa, donde se padre ni la saludó ni miró, únicamente cerró la puerta de la sala a su paso, rompiéndole el corazón.

Un corazón que, herido y sangrante, en la habitación, escribió una carta a Grace.

Mi muy querida amiga:

Con el corazón en un puño, dolorida y temiendo por mi hijo, me encuentro hoy aquí, escribiendo una carta que creí nunca escribiría, pero es esto o rendirme al padre de mi hijo, pero está involucrado en cosas bastantes extrañas y creo que no sería bueno para su futuro.

Quiero, mi muy querida amiga Grace, que mi bebé tenga lo que yo no he tenido: unos padres que sepan vivir la vida.

Te lo pido por favor: ayúdame.

*Atentamente:
Regina Jones*

PD: haré lo que me pidas.

La carta fue recibida por Grace con resignación, se sentía muy cansada, incapaz de tomar una decisión, de manera que, sola, sin intención de molestar a su esposo, a Alberto ni a nadie, salió de la casa y, con el coche de caballos, se dirigió a la mansión de su suegro con la esperanza de que estuviera en la vivienda, de lo contrario, dejaría un mensaje para que acudiera a hablar con ella.

Aunque por suerte, estaba y la recibió.

—Dime, ¿en qué te puedo ayudar? —preguntó invitándola a ocupar un lugar en el sofá junto a la chimenea encendida.

—Pues con esto —respondió al tiempo que le entregaba la carta. Breve, pero preocupante.

Su suegro tomó la carta. En un primer momento creyó que era una amenaza de lord Roger Smith, pero respiró aliviado al ver que era de Regina.

Leyó la carta con calma, entre líneas y con el semblante serio, pero desgraciadamente, no había forma de hacer un acto y que esa joven caminara. Ella aseguraba que no quería repetir los errores de sus padres, pero lo estaba haciendo.

—Sé que no puedo ni debo ayudar en todo momento a Regina, pues en ese caso lo que hago es decir que no pasa nada, yo me ocupo, tu no hagas

nada —dijo Grace triste—, pero como madre, sé lo que debe estar sintiendo.

—No hija, no. Tú crees que lo sabes, pero no lo sabes. Tú eres una persona que lucha por lo que necesita y por su familia, pero ella no es como tú, ella es una araña.

Capítulo 14

La charla entre Grace y su suegro acabó con la promesa de que él se ocuparía de todo, ella debía cuidarse mucho por orden expresa del médico, quien la visitaba cada semana en su casa.

Aunque por suerte, todavía quedaba para el parto y, aunque las preocupaciones eran muchas, sin una calma ala vista, lo cierto era que no daba muestras de empeoramiento. Todo lo contrario: tenía un buen color de cara y no vomitaba ni se mareaba.

Mas Grace lo achacaba a la ayuda de Megan y de Tracy, quien no dejaba pasar un día sin ir a visitar a la Condesa. Juntas, pasaban horas leyendo libros, comentando la lectura y charlando tranquilas.

Incluso un día, acudieron juntas a la tienda para elegir los diseños invernales.

—Aprovechemos hoy —dijo Grace—, que luego puede ser complicado por el embarazo y, además, Alberto ha sabido que lord Roger Smith ha marchado de al ciudad.

—Me parece bien, pero tengo una duda ¿cómo lo sabe? —preguntó curiosa Tracy.

—Alberto tiene buenos contactos por toda la ciudad —respondió Grace—, de modo que tranquila, no corremos peligro.

—Pero ¿y si nos ve su amigo? —preguntó Megan.

—Difícil, está detenido —respondió Grace—. Escuché que anoche lo dijo mi marido.

—Pues vayámonos —dijo Tracy encantada.

Las tres se marcharon a la tienda, donde con paciencia, les fueron tomadas a todas las medidas, pues Grace insistió mucho en que su doncella luciera un vestido nuevo.

A continuación, disfrutaron eligiendo telas, diseños, adornos, colores y demás. También eligieron algo para el bebé y unas enaguas para la cocinera, así como una camisa para el ama de llaves.

La señora Brown no dudó en aconsejarles, así como en hacer entrega de una carta a Grace para que la leyera, en la cual lady Brown de Richmond, le

informaba de que una boda iba a celebrarse pronto, de un nacimiento y de la noticia sobre el sacerdote, quien en la Iglesia había encontrado un bebé recién nacido que cuidaría en la misma Iglesia con la ayuda de sus feligreses.

Grace se mostró muy interesada en todo lo que la mujer le contaba, incluso la puso al corriente de lo que era de su vida.

—Me hace ilusión volver a Richmond, pero en estos momentos no es aconsejable. Cuando nazca el bebé, iremos —dijo Grace terminando su té.

—Pues no diré nada, seguro que les hace ilusión y das una alegría.

La conversación duró aún un poco más, en la cual no solo colaboró Megan, también Tracy se unió a ellas mientras una modista se encargaba de atender a las clientas.

Pero no hubo problemas, todas las clientas iban a cambiar algún sueño o a comprar algo ya hecho.

Aun así, no tardaron en marcharse, una vez tomaron el refrigerio, preocupadas las tres por lo que pudiera pensar Christopher, quien solía preocuparse a menudo cuando Grace no estaba a su vista. Muchos aseguraban que la controlaba, de hecho, los padres de la joven empezaban a preocuparse, pero él estaba feliz: la vigilaba, para ayudar a su amada en todo lo que pudiera.

Ella lo sabía.

—¿Sabéis? —preguntó en el coche de caballos— Christopher ama al bebé, pero quiero llevarle algo, ¿os importa que nos retrasemos un poco?

—A nosotras no —respondió Megan—, pero ¿y a Christopher?

—Yo le hablaré —dijo sonriente, para, al cabo de un momento, dar una dirección concreta al cochero.

Grace, en ese momento, desconocía lo que iba a comprar, y cuando llegaron, fue la única que bajó, pues ni Megan ni Tracy lo hicieron, dedicando los minutos a conversar entre ellas.

Pero fueron más que minutos, pues tuvo que esperar a los clientes que estaban delante, así como también conocer que le podía llevar a su marido.

—Ya sé que no es lo habitual, pero si me ayuda...

—No es habitual, pero seguro que a su marido le encanta la sorpresa —dijo el dependiente caminando hacia una fila de chaquetas de ponerse en casa—. Aquí están las chaquetas de casa. Son como batas pero de tamaño de chaqueta. Abrigan y son elegantes.

Grace escuchó atento todo lo que el dependiente le dijo. Echó un

vistazo no únicamente a las batas cortas, también los trajes, los camisones y zapatos.

Pero no veía el coche de caballos desde el interior del lugar, desconocía que Tracy bajó del vehículo para comprar algo de beber en una pequeña tienda que se encontraba en las cercanías.

Mas era una tienda en la cual un hombre, le colocó en la garganta un cuchillo con una clara amenaza:

—Si dices algo o no obedeces mis órdenes, te mataré.

Tracy estaba aterrada. Temblaba. Sudaba y lloraba. Quería gritar, pedir ayuda, pero no salía su voz, y la amenaza de aquel hombre, que no dejaba ver su rostro, se lo impedía.

Confiaba en que Megan la viera antes de que la metiera en ningún lugar, pero vio con horror que nadie la ayudaba, que al introducía en su propio coche sin remedio.

Y allí, en el interior de aquel coche, el hombre, que no mostraba su rostro, le ató con fuerza las muñecas a la espalda, los tobillos y la amordazó, así como le vendó los ojos en cuanto iban a salir de la extensa calle.

El resto del viaje lo realizaron en silencio. Tracy estaba asustada, pero quiso pensar en el viaje que había realizado con Stephen: las calles, las gentes, las ciudades, los paisajes, el barco en la botella, el plato de Crown Derby... Su abuelo...

—Hemos llegado —dijo una voz que la bajó del coche y la llevó a un lugar donde la hizo bajar unas escaleras. Los peldaños parecían de piedra, pero estaban muy resbaladizos y terminó por caerse.

Por suerte, y según pudo comprobar por sí misma en una lúgubre habitación, no se hizo nada importante a excepción de una rozadura en la pierna derecha.

La habitación contaba con una pequeña ventana demasiado alta para que pusiera llegar, una cama con el colchón desnudo, una silla y una palangana con agua. El resto del lugar era de piedra desde el suelo hasta lo que parecía el techo. La puerta de madera no se movía ni un ápice, por mucho que ella la empujara.

Quiso gritar, pero el miedo a que aquel hombre llegara con el cuchillo y cumpliera su amenaza, le impedía hablar.

Permaneció en silencio, sentada en aquel colchón, rezando como nunca lo había hecho, para que no le hiciera nadie daño y sus amigos la

encontraban.

Desconocía que ya estaban en marcha, que se alarmaron sobremanera cuando no regresó y el hombre de la tienda le dijo que allí no había llegado ninguna joven de rubios cabellos y ojos azules.

—Regresemos a casa, Christopher nos ayudará —dijo Grace temiendo, aunque sin decir nada, que aquellos traficantes de mujeres hubieran conseguido su propósito.

Regresaron aterradas. Megan desconocía si temía más por Tracy o por Grace, aunque llevaba bien el embarazo, seguía siendo de alto riesgo, no le convenía lo que estaba viviendo, pero sabía que, en cuanto llegaran a la casa y el contaran lo sucedido, Christopher la obligaría a descansar y eso beneficiaría a la joven.

Pero al llegar, Christopher se presentó allí, para poder abrir la puerta del coche de caballos.

—Querida, habéis tardado, estaba preocupado, ¿va todo bien? —preguntó asustado, con el rostro tan pálido como el de ella.

Megan lo contó todo, no se guardó nada, pero lo hizo sin mirar a ningún lado en concreto. Sus ojos estaban cerrados y sus manos enlazadas y temblorosas.

—Primero me ocuparé de mi esposa y de mi hijo. Luego, de Tracy. Vaya en busca de mi padre y del médico.

El cochero no tardó en cumplir con el deseo del Conde, mientras él se ocupaba de su esposa, pensando en como iba a reaccionar Stephen, aunque él no lo dijera, la amaba y no era para menos.

Lo comprendía, al igual que comprendía que su padre no acudiera, mas se sorprendió al ver que sí acudió a la llamada. De hecho, lo hizo con rapidez sin respetar atención a las reuniones que tenía esa mañana.

Capítulo 15

Grace recibió la orden expresa del médico de permanecer en cama descansando, aunque al ver que se mostraba nerviosa, le dio un remedio y no tardó en dormirse, ajena a todo lo que tenía lugar en la sala del piso inferior.

—Megan —dijo Christopher—, encárgate de mi esposa, y de que la habitación de mi bebé, esté lista, quizás eso ayude a Grace.

—Sí, enseguida.

Megan no tardó en cumplir aquella petición. De todos modos, estaba segura de que había contado todo lo que pasó en el coche de caballos antes y después de la bajada de Tracy, pero esperaba que algo se le hubiese escapado, así podría servir de ayuda.

—¿Estás seguro de que lo mejor es que se vaya? —preguntó su padre sentado en el sillón, cerca de la mesa de despacho que ocupaba su hijo.

—Por supuesto, Grace la necesita más que yo —respondió Christopher con la mirada baja y los brazos en la mesa—. Además, se se tranquiliza, puede que recuerde algo más.

—Bien pensado —dijo su padre—. ¿Has llamado a Stephen?

—Sí, mi cochero ha ido por él —respondió—. Se pondrá furioso, pero no le culpo. Bajamos la guardia y es lo que lord Roger y su amigo esperaban. Por cierto, ¿cómo se llama esa amigo?

—Lord Alfred... Eden —respondió el padre pensativo.

—¿Qué?! —exclamó sobresaltado Christopher, poniéndose en pie sin prestar atención a que, al hacerlo de manera tan brusca, dejó caer su asiento— ¡Repítele!

—Lord Alfred Eden —dijo su padre extrañado, sin comprender nada—. ¿Por qué?

—Es el padre del bebé de Regina, se lo dijo a mi esposa... —respondió sin creer que aquello estuviera pasando— Ella debe saber dónde está.

—Sí, pero hay un problema —dijo su padre—, Regina escribió a tu esposa y le pidió ayuda. Está claro, al menos para mí, de que no hablará mientras no consiga lo que quiere.

—¿De qué me hablas?

Su padre le puso al corriente mientras el rostro de Christopher palidecía sin remedio: no podía creer lo que estaba sucediendo.

—No te alarmes, aún no está todo perdido —dijo su padre mientras veía a Christopher caminar de un lado a otro sin rumbo fijo. Decidió actuar él mismo y no dudó en colocar bien el sillón, motivo por el cual, a través de los cristales de la ventana, pudo ver que Stephen llegaba con la cabeza gacha y el paso ligero.

Era tal la furia del joven que abrió de un golpe, no dijo nada, pero en cuanto localizó a Christopher, le golpeó con el puño cerrado en el estómago tan fuerte, que cayó al suelo de rodillas sin poder respirar.

Hubiera seguido golpeándole, de no ser porque el padre le sujetó con rapidez, pero únicamente podía sujetar sus manos, mientras no le apartó, golpeó con sus piernas y pies sin control.

—Para y escucha —dijo una y otra vez, hasta que Stephen se calmó, completamente agotado—. Es posible que sepamos algo.

Puso al corriente a su hijo, con la esperanza de que le escuchara y de que entrara en razón, antes de que el joven hiciera algo de lo que su pudiera arrepentir, si ya no había hecho tal cosa.

—Entonces... ¿dónde está Tracy?

—No lo sabemos —respondió—, pero podemos ir en busca de Regina y conseguir que ella nos diga algo.

—Vayamos ahora.

—Yo lo haría, pero no has dejado a tu hermano en condiciones para ello.

Stephen le observó. Christopher se encontraba en el suelo, de rodillas apoyado en el respaldo de un sofá, con el brazo derecho en el estómago y el izquierdo sujetando al derecho. Respiraba con dificultad y un hilo de sangre caía de su boca medio abierta hasta su brazo y el suelo.

Se liberó de su padre y se le acercó. Despacio. Se arrodilló ante él y con cuidado, le ayudó a levantarse. Lo llevó al sofá. Lo tumbó. .pidió agua y vendas. Lavó sus heridas, le curó y vendó su muñeca que no daba la sensación de que estuviera rota, pero sí dañada.

—Lo siento mucho, no he hecho bien, no es a 'ti quien debía hacer daño —dijo con tristeza—. En serio, lo lamento.

—No pasa nada, olvídalo. Mañana iremos a buscar a Tracy, no le harán nada —dijo Christopher ya casi dormido—, necesito descansar.

—Descansa, yo me quedaré contigo.

Stephen cumplió su palabra. Permaneció allí, al lado de su hermano, quien en la mañana siguiente, apenas sí podía moverse, pero aun así, no salió de su boca una queja contra su hermano o su padre.

Muy al contrario, se despidió de Megan con un mensaje para su esposa, quien aún dormía a consecuencia del remedio del doctor.

—Se lo daré —dijo Megan tranquila—, pero por favor, cuídate mucho, que no tenga que ar malas noticias a Grace.

La sonrisa de Christopher la alivió, pero no sabía bien que iba a pasar, únicamente sabía que Grace se sentía culpable, si pasaba algo, no lo soportaría.

—Vámonos, en un rato mi esposa se despertará, no quiero estar fuera cuando eso suceda.

Los tres se marcharon en un coche de caballos en dirección a la casa de Regina, donde lord Jones no dudó en dejarles pasar, preocupada por los actos de su hija.

—Si puedo hacer algo... —dijo mientras esperaban que ella bajara.

—Puede quedarse. Si ve que su padre es testigo, hablará. Necesitamos respuestas y ya —dijo Christopher serio, preocupado, pero en el fondo, seguro de que las cosas iban a estar bien antes de lo que esperaba.

Pero Regina no estaba por la labor. No dijo nada, pese a la insistencia incluso de su padre. El silencio se hizo con ella. Ni se limitó a mirar el rostro de quien la hablaba.

—De acuerdo —dijo Christopher ya cansado de todo aquello—. ¿Qué quieres a cambio?

—¿A cambio? —preguntó ella extrañada de oír aquellas palabras que significaban la disposición de hacer lo que fuera por un objetivo determinado.

—Sí, a cambio —respondió Christopher, sin casi poder creer que él dijera aquellas palabras.

—Ya lo sabes; un padre para mi hijo que le de todo lo que necesite y que a mí también me lo de —respondió con seguridad y con la mirada perdida en el rostro compungido de Christopher.

—Regina, estás hablando con el Conde de Hampshire, por favor, un poco de respeto —dijo su padre serio y preocupado por lo que estaba pasando.

—Gracias lord Jones, pero eso ahora no es importante —dijo

Christopher—. Lo que me importa es Tracy.

—No sé dónde está —dijo Regina.

—Pero sí donde está Alfred Eden.

Regina no quería saber de él, pero era el padre de su hijo y el único que podría ayudarle en algo, si hablaba, no la ayudaría ni a ella ni al bebé:

—Pero yo...

—Regina, ya basta —dijo su padre—. Habla.

—En las afueras de Londres, hay una mansión, pertenece a la familia Eden —dijo al final Regina—. Ya me puedo despedir de que me ayude. ¿Cómo voy a criar ahora a mi hijo?

—Haber pensado en ello antes —respondió con amargura Stephen, quien permanecía a la espera de que dijera algo.

—Lo mismo tu madre —replicó Regina con rabia.

Stephen no pudo reprimirse y le dio una bofetada. De no ser porque su padre la sujetó, hubiera caído al suelo sin remedio.

—Puede ir contra mí cuando guste lord Jones, no pondré resistencia.

—No pasa nada, tranquilo, lo comprendo —dijo lord Jones ante la mirada furiosa de su hija, quien no dudó en replicar—. Regina, hija, tu te lo has buscado, ¿cómo vas con todo esto que pasa, a mencionar a una pobre mujer que no vive?

—Y además, si ella se vio criando un hijo sola, es porque yo fui un sinvergüenza.

Las palabras del padre de los dos jóvenes cerraron la conversación, en la cual habían conseguido una dirección que no les fue fácil encontrar, pero no la localizaron y a los tres les resultó extraño lo mismo: huellas de un coche de caballos, pero sin coche ni huellas que salieran de allí.

Bajaron del vehículo y comprobaron que las pisadas. Se marcaban, el lugar estaba enfangado.

—¿Qué pasa?

—Christopher, creo que es mejor que te quedes atrás. Si se hubiesen ido, hubiera huellas hacia el otro lado: no hay.

—¿Y dónde está el coche de caballos? —preguntó Christopher caminando en dirección contraria a donde iban su padre y su hermano, que no le escucharon, pero a él no le quedó duda de que había algo extraño, no solo por el coche, también porque no había la menor huella de barro en los escalones que llevaban a la casa.

Caminó hacia un lado que permanecía cubierto por enormes árboles. Allí encontró un coche de caballos. Tenían al animal en silencio gracias a una enorme cantidad de heno y agua, y al hecho de que estaba atado.

También pudo ver una puerta que parecía llevar a un sótano.

Capítulo 16

Christopher sabía que era una temeridad, pero no quiso perder tiempo alguno. Abrió la puerta con la ayuda de una herramienta de labranza y entró.

Las escaleras eran de piedra, el lugar húmedo, frío. Y aun así, él se quitó la chaqueta, para dejarla en la entrada. Era la señal, para su padre y hermano, de que estaba allí.

Sin miedo alguno, bajó hasta el final de aquellas escaleras. La oscuridad lo cubría todo, pero no tardó en darse cuenta de que a su lado, había una especie de candelabro, junto al cual unas cerillas demostraban que las cosas no eran como creía: había alguien, no estaba abandonado.

Encendió el candelabro. Comenzó a caminar despacio, asegurándose de donde ponía los pies, temiendo, entonces sí, que hubiera cometido el error de su vida, al entrar allí solo.

Pero lo malo llegó después, cuando llegó a un punto en el que había dos túneles. Quedó un rato allí, sin saber qué camino coger, hasta que un sonido lejano, le indicó por donde ir: la derecha.

Tras varios pasos, encontró una puerta abierta.

Una vez seguro de que no había nadie, entró sin tocar nada. Lo que encontró lo aterró: una cama con colchón desnudo, una silla... Lo que le llamó al atención fueron unos pendientes sencillos pero de gran brillo. Los tomó y se los guardó.

—Serán de Tracy o de alguna chica que este canalla traiga aquí —dijo para sí, triste, saliendo de allí con ganas de huir.

Unas ganas mucho más aumentadas al oír gritos y llantos de mujer. Se acercó, pero retrocedió de inmediato, su intención no era dar muerte a Tracy, lo que el estaba sucediendo no tenía ya solución: Smith la violaba con tanta violencia que parecía iba a partirla por la mitad. De estar él solo sí se hubiera arriesgado, pero con Eden a su lado no, pues mientras él se libraba de uno, el otro podía darle muerte.

Esperó a que la dejara y tomó una pequeña piedra que había en el suelo.

En cuanto los dos hombres le dieron al espalda, a uno le lanzó al piedra y al otro el candil. La llama, aunque pequeña, bastó para que ardiera, algo que

Christopher aprovechó para tomar de la mano a la joven y sacarla de allí tan rápido como pudo, mientras los gritos de Eden resonaban.

En ese momento, Christopher no pensaba más que en salir, aunque antes de hacerlo, pudo ver unas figuras que, al principio no reconoció, por lo que se quedó quieto, protegiendo con su cuerpo a Tracy, la cual desnuda, con únicamente una sábana cubierta, le seguía sin quejarse, aunque tampoco lo podía hacer, aunque quisiera, pues el dolor de su interior era tan intenso que ni hablar podía.

—Son Stephen y mi padre —dijo, dejando escapar un profundo suspiro de alivio—, vamos a casa.

La llevó hacia ellos y dejó que Stephen la cogiera.

El joven la tomó con mimo entre sus brazos para sacarla. Le hablaba mientras lo hacía, temiendo que sus heridas fueran mortales, aunque le bastó una sonrisa de Tracy en el coche de caballos, para darse cuenta de que ella estaría bien.

Sin embargo, no esperó a su hermano ni a su padre. Se marchó en cuanto se aseguró de que estaba bien cómoda.

Christopher, al salir, miró hacia atrás. No veía que nadie le siguiera, pero tampoco quería que lo hicieran.

—Padre, creo que he matado a un hombre —dijo en voz baja—, pero mañana pensaré en ello.

—Mañana lo haremos, vamos a casa.

Tomaron el coche de caballos que había y siguieron a Stephen, que se perdió en la lejanía sin mirar atrás. Para él, lo único importante era Tracy, pero la joven estaba pálida, llena de heridas, sangraba y no decía una palabra.

Como tampoco decía Christopher, quien, en su fuero interno, no cesaba de pensar en Eden, su intención no era matar a nadie.

—Christopher —dijo su padre—, no pienses más hijo, si Grace te ve así ¿cómo le vas a decir las cosas? ¿Qué le dirás?

—La pregunta, padre, es: ¿cómo voy a educar a un hijo?

—Educando. Así de sencillo. Intenta pensar en otra cosa, mañana, más sereno, podrás pensar mejor —respondió.

Christopher asintió con la cabeza.

En sus pensamientos, únicamente aparecían Grace sujetando un bebé al cual no le podía ver el rostro, por estar dándole el pecho, pero esa estampa le hacía muy feliz, le llenaba el corazón de gozo y aliviaba todos sus pesares.

Terminó por esbozar una sonrisa, leve, pero sincera.

Su padre no le dijo nada, sabía que estaba pensando en el bebé.

—Por cierto, ¿habéis pensado en un nombre? —preguntó intentando que el pensamiento no se le dirigiera al terrible suceso.

—Al principio lo teníamos claro, pero ahora mismo... —respondió— De todos modos no sabemos si es niño o niña.

—¿Tú que prefieres? —preguntó llegando a la vivienda, donde aterrada y desobedeciendo las órdenes del médico, Grace le separaba sentada en el jardín, pálida, aunque no le dijo nada a su hijo, temía fuese a saltar lastimándose.

—Mientras nazca bien y a Grace no le suceda nada... —respondió sin perder la sonrisa— Amo demasiado a mi esposa, adoro esa costumbre que tiene de sonreír torciendo un poco la cabeza, me parece la joya más hermosa de la corona hecha mujer.

Su padre sonrió al escuchar aquellas palabras, pues él estuvo tan enamorado de su esposa Elizabeth como su hijo lo estaba de Grace.

—Vamos, primero bajo yo —dijo su padre, abriendo la puerta mientras pasaba por delante de su hijo, para ayudarlo a bajar él mismo.

Christopher lo permitió, aunque corrió al ver que Grace le esperaba levantada, mas en cuanto la tomó de las manos y contempló su rostro, cayó de rodillas ante ella y rompió a llorar desconsolado, pidiendo perdón una y otra vez, sintiendo ya la soga alrededor de su cuello.

Su padre no tardó en acudir en su ayuda.

—Vamos dentro —dijo con cariño mientras le levantaba.

—Quiero conocer a mi hijo —dijo sin ser consciente del significado de sus palabras—, no quiero morir.

—No lo harás —dijo su padre, al tiempo que le tumbaba en el sofá de la sala—, tranquilo.

Pero no había forma, Grace, preocupada, pidió que llamaran al médico, mas este no pudo acudir, le dijeron en la casa del doctor a Megan, que estaba muy ocupado con una paciente en estado crítico, pero que cuando regresara, le informaría. Por suerte, si le pudieron dar un calmante inofensivo, con la intención de que el enfermo recobrar algo de cordura.

Con ello, Megan regresó a la casa en silencio, preocupada.

Grace le dio el remedio a Christopher, con lo cual pudo ver que descansaba un poco. No se durmió del todo, pero sí dejó de llorar y recuperó

al respiración, así como cesó de temblar.

—Voy a leer un rato, ¿cuál quieres? —preguntó a su marido con al intención de que durmiera, al ver su relajación y quedarse a solas con él.

—Orgullo y perjuicio por favor —dijo a baja voz, mientras sentía que su cuerpo se relajaba cada vez más, y su mente quedaba totalmente en blanco.

Grace tomó el libro que se publicó de manera anónima, y sentándose junto a su marido, comenzó a leer:

—Es una verdad mundialmente reconocida que un hombre soltero, poseedor de una gran fortuna, necesita una esposa.

Siguió leyendo aún cuando su marido se durmió. Le gustaba la novela y prefería mantener la calma, antes de que su cabeza girara en sentido opuesto al cual se encontraba.

Además, confiaba en su marido, y pasara lo que pasara, estaba segura de que tendría solución, como la tendría la desaparición de Tracy, la cual estaría en su casa muy pronto, no muy lejos de allí, con Stephen.

Para estar segura, envió al cochero, una vez terminó de leer, a la casa de Stephen, quien le envió una nota:

Mi muy querida Grace:

Tengo el enorme placer de comunicarte que Tracy se encuentra ya en casa. En este momento, se encuentra descansando, el doctor ha dicho que se recuperará, aunque necesitará cuidados que le otorgaremos entre mi ama de llaves y yo mismo. Las visitas de su abuelo también le harán mucho bien.

Espero que mi hermano también lo esté, Tracy le debe la vida y yo nunca tendré palabras para agradecerle tal acto heroico.

Por supuesto, estás invitados a visitarnos cuando lo deseéis, será un grato placer recibirlos y enseñaros la casa, donde a partir de ahora, viviremos, pues no vamos a volver a Irlanda, prefiero estar cerca de la familia, ahora que sé que la tengo.

*Afectuosamente:
Stephen de Hampshire.*

Grace volvió a enviar al cochero una vez respondió la carta, agradeciendo la invitación, pero rechazándola argumentando lo que le había sucedido a Christopher. No pudo dar mucha información, pues el médico aún

no había llegado, pero sí pidió que le redactase lo acontecido, a lo cual la respuesta nunca llegó.

Asustada, le pidió a su suegro una explicación, pero este tampoco respondió, únicamente informó de lo mismo que Stephen; Christopher le había salvado la vida a Tracy.

Capítulo 17

La muerte a manos de Christopher, de lord Alfred Eden, se dejó sentir en todo Londres un poco maquillada, pues para todos, había fallecido en un trágico accidente en la casa de campo de lord Roger Smith.

Aunque la policía sí conocía la verdad, decidió que no desmentirían el rumor inocente que se propagó, dispuestos a conocer lo que detrás de aquella muerte había, pues no se les escapaba que Alfred Eden era el socio de Roger Smith en una trata de blanca.

Sin embargo, no tenían pruebas ni testimonios, los rumores no bastaban, era necesario que alguien hablara, pero nadie lo hacía.

Pidieron ayuda a la sociedad, mas no sirvió de nada.

La policía de Londres desconocía de la existencia de Tracy, así como el hecho de que la casa de subastas tenía pruebas del trabajo del Smith.

Pero Stephen no caía en ello, estaba preocupado por Tracy. El hecho de que el médico no le diera toda la información, de que la joven sufriera grandes temperaturas y no hablara, le hacía imposible centrarse en algo más.

Sin embargo, su padre sí caía en eso y no dudó en ir a la casa en busca de esas pruebas:

—Lo siento mucho, pero no le puedo ayudar. Verá —dijo el hombre que, semanas atrás, no tuvo el menor reparo en celebrar en el prostíbulo la subasta—, estos negocios son secretos, si yo guardo los archivos, es un seguro para mí.

—Comprendo, pero hay fuerzas mayores, necesito su ayuda —dijo insistiendo, preocupado por la supervivencia de su hijo.

—Imagino que algo grave estará sucediendo, para que venga a pedirme eso, pero lo lamento —dijo negando con la cabeza.

—Hay vidas en juego...

—Si yo le diera esos archivos, May y su hijo estarían en peligro y yo también. Por favor, comprenda.

Las palabras de aquel hombre hicieron comprender a aquel hombre, que antes de salvar a su hijo tendría que asegurar la supervivencia de esas dos personas, pero si con eso lo conseguía, estaba dispuesto a todo, fuera lo que

fuera.

—De acuerdo. Hagamos un trato: me aseguro de la supervivencia de May y su hijo, y me da esos archivos —dijo tras pensar un rato que a aquel hombre le parecieron horas.

—De acuerdo —respondió—. Acepto. Para mí, May y ese niño son lo más importante.

Sellaron el acuerdo, pese a que ni uno ni otro sabía como iba a ser posible aquello, pero la intención era ya algo.

Aunque desconocía que la vida de May iba a dar un vuelvo muy grande, demasiado, pues en cuanto aquel visitante salió de allí, se dirigió a la casa de su hijo Stephen y pidió hablar con él de inmediato.

—¿Qué sucede? —preguntó apagado— No tengo mucho tiempo.

—Lo sé, he venido a hacerte una pregunta —respondió sin sentarse, de pie en el hall—. ¿Te vas a quedar en Londres?

—Sí, claro. ¿Por qué? —preguntó curioso.

—Porque ya sé qué hacer, pero ¿confías en mí?

—A estas alturas... sí, claro.

—Entonces vuelve con Tracy, si hay novedades dime.

—De acuerdo.

Stephen regresó con la joven, mientras su padre acudió a su abogado, para que preparase los documentos para la venta del Palacio de Irlanda.

Le fue fácil, pues los documentos del Palacio estaban en poder de Stephen, y en un lugar conocido por el mayordomo, el cual no dudó en entregarlos, pues fue testigo de la conversación de su señor con su padre.

Sin embargo, el dinero de la venta lo puso él mismo, la intención no era otra que aligerar, y salvar el máximo número de vidas, antes de que la policía quisiera hablar con Christopher, el cual, desde luego, no conseguiría salvar su vida sin los documentos que había en el prostíbulo.

Pero sin May y su hijo, a salvo, no había nada que hacer.

Las horas pasaron lentas, pesadas. Cada vez estaba más nervioso, pero desgraciadamente, el abogado tardó cierto tiempo en tener todo listo y luego tardó un poco más en organizar todas las cosas para que la joven y su hijo lo tuvieran todo listo cuando llegaran a Irlanda.

Mas en ese transcurso de tiempo, Christopher pensó largo y tendido sobre lo acontecido, llegando a la decisión de que iba a perder la vida con orgullo y honra.

—¿Te encuentras mejor, cariño? —preguntó Grace al ver que su esposo habían abandonado la cama y el diván, para sentarse en un sillón junto a la ventana.

—Lo siento de veras, nunca pensé que esto pudiera pasar, pero ha pasado —respondió cabizbajo, sin mirar a su esposa—, y lo único que pido es que Dios me permita conocer a nuestro hijo antes de que la muerte me lleve.

Grace le observó triste, sin comprender nada. Las palabras de Christopher no tenían para ella ningún significado, por lo que se acercó a su marido y colocando su mano en el hombro de él, le pidió por favor, se explicara, a lo que Christopher respondió:

—Para salvar la vida a Tracy, me vi en la obligación de dar muerte a un hombre. La policía lo averiguará y me sentencia será de muerte, pero lo único que pido es poder conocer al bebé, si tu me lo permites y la policía también.

—No pueden condenarte a muerte, pues salvaste a una persona...

—Tracy está muy grave. No habla, no reacciona, y es la única que estaba allí, es la única que me puede salvar. Mi padre y mi hermano llegaron cuando yo había acabado, lo que ellos saben es lo que yo les he dicho —dijo para, al cabo de un rato, mirar a su esposa—. Lo siento mucho Grace, de veras que lo siento.

Grace lloró desconsolada al oír aquello. Su esposo no había hecho nada malo, pero no era seguro que el juez lo viera así, y el miedo de que aquel acto valeroso le costara la vida, le hizo más daño que nada de lo que había acontecido hasta entonces. Ella le amaba y le quería dar lo que no tuvo en su vida, pero...

—Aprovechemos cada momento —dijo entre lágrimas—, y en el futuro, le contaré a nuestro hijo o hija, lo que hiciste, estoy segura de que estará muy orgulloso de ti.

Christopher se puso en pie, la abrazó y besó con cariño, pidiendo que no fueran por él antes del parto, estaba dispuesto a todo lo que hiciera falta por ver aquel rostro.

Lo que ignoraba era que su padre no se detenía, y una vez acabó con el Palacio de Irlanda, envió allí a May y a su hijo, y se hizo con los documentos. Únicamente, se hizo con los referentes a Tracy, con la intención de que si detenían a su hijo, demostrar el riesgo que padecía Tracy, lo que junto a lo que el médico pudiera decir y lo que Stephen añadiera, le salvarían la vida a Christopher.

Mas no pudo contar con Regina, ella cada vez estaba más perdida y yo dejaba de culpar a Stephen, pero no se daba cuenta de que quien salía perdiendo en realidad, era Christopher.

Sin embargo, a ella no le importaba.

A ella, lo que le importaba era conseguí un padre, pero no sabía por donde ir ni que hacer y los bailes que habían quedado atrás era algo que ya no le podía ayudar, pues embarazada, nadie la querría.

Habló de nuevo con su padre, pero lo que le dijo no la ayudó:

—Lo siento hija, pero no te puedo ayudar. Sé que estás asustada y deseas lo mejor para tu bebé, pero yo... Es un grave problema para ti, mas no puedo.

—Eres mi padre, sé que no me he portado bien, pero haré lo que...

—Basta. Mientras yo viva estarás aquí, y, ni para ti no para el bebé necesitarás comida, ropa o techo —dijo el padre serio, con la mirada fija en su hija—. Cuando yo muerta, os tendréis que ver solos.

—Pero...

—Regina, basta. No gasa que me arrepienta —dijo inmóvil—. Sé que tú le dijiste a Alfred Eden donde vivía Stephen en Irlanda, eres la única que conocía ese dato. Y esa mujer, la de Stephen, está muerta, y todo hace indicar que ha sido él. De modo que no insistas más.

Regina se marchó. No dijo nada, pero ella no se sentía culpable de nada. Hizo lo que tenía que hacer, nada más.

Sin embargo, su padre insistía en que sí lo era, y en que ese era su problema, no iba a ayudarla y ella ya no podía con un embarazo, que la llevaría a criar sola un bebé.

Sí, muchas mujeres lo hacían, pero ella no. ella era una dama de la alta sociedad, incapaz de hacer daño y de vivir sin criadas, sin cocineras y sin mayordomo. Sus manos no estaban hechas para trabajar, ni sus pies para cansarse de caminar por lugares que no fueran salones, Palacios y la parte rica de la ciudad.

Pero si su padre no la iba a ayudar, alguien tendría que hacerlo y lo haría el Conde sí o sí.

Se dirigió a la mansión dispuesta a ponerse seria, pero justo cuando llegaba, pudo ver que la policía se llevaba a Christopher dejando a su esposa en completo desconsuelo sujeta por Megan.

Desconocía que pasaba, pero decidió marcharse, no era el momento de

hablar o pedir favores, y menos con la policía allí.

Pero antes de hacerlo, tuvo que dejar paso al coche de caballos del abuelo de lady Tracy Hamilton, quien regresaba a Irlanda, seguro de que su nieta estaría bien con Stephen unos días, él en Irlanda tenía mucho por arreglar para recibir a la pareja. Habían decidido que partirían en cuanto Tracy se sintiera mejor.

La joven no debía seguir allí, bastante había padecido en las últimas fechas y, además, su testimonio poco o nada iba a ayudar a Christopher.

Capítulo 18

No tardó mucho en saberse, que Christopher había sido detenido, pero Stephen continuó con la determinación de marchar de Londres.

Tampoco tardó en saberse en Richmond, donde los vecinos rezaban por un milagro en beneficio de aquel que tanto había hecho por la población.

Y tanto lady Brown como el sacerdote acudieron dispuestos a ayudar en el trance a lady Grace, así como a informar a la policía, de la verdadera personalidad de Christopher:

—Padre comprenda que...

—Yo me ocuparé —dijo de inmediato un hombre que se presentó como miembro de Scotland Yard—. Venga por aquí —habló mientras tomaba la llave.

Llevó al sacerdote a la celda donde Christopher se encontraba.

Era una celda fría, de piedra, con barrotes delante y una pequeña ventana donde él no llegaría ni subiéndose a una especie de cama tallada en piedra.

Christopher se encontraba en el suelo, encogido, con la cabeza escondida y abrazado a su rodillas.

—Comprobaré los cargos y quizás pueda hacer algo, mientras puede hablar con él —dijo el policía al tiempo que abría la puerta.

El sacerdote entró, pero Christopher no se inmutó. Permaneció inmóvil, en silencio. Se le acercó y comenzó a hablar de Richmond, de la gente del barrio, de las cartas que recibían de él y de los orgullosos que estaban, mas no consiguió sacar ninguna palabra de él.

Ni cuando llegó el policía y se tuvo que marchar dijo o hizo algo.

—Me preocupa —dijo el sacerdote saliendo de la celda.

—Y a mí, mas tiene a su favor que el hombre muerto es sospechosos de tráfico de mujeres, y que el otro, el herido, estuvo detenido por agresión. Sin embargo, si habla y la joven también lo hiciera, podía salir de aquí, pero la joven está muy grave, quizás no sobreviva.

—¿Y si la joven no habla? —preguntó el sacerdote.

—Entonces, le espera la horca, esa joven, lo crea ella o no, es la única

que le puede salvar —respondió el policía.

—¿Puedo venir otra vez? —preguntó el sacerdote angustiado.

—Por supuesto —respondió el policía sin dudar—, mañana mismo, tal vez así podamos conseguir que reaccione, hay muchas cosas que en este caso no me cuadra, una mano negra que se cena con él. Ojalá supiera...

El sacerdote no tardó en comprender que quería decir el policía, y sintió la necesidad de ayudar más allá del consuelo del alma.

—Preguntaré y hablaré con la familia, pero lo que descubra, se lo comunicaré —dijo triste—. ¿Lo aceptará?

—Por supuesto que sí. Le estoy agradecido desde ya —dijo el policía acompañado del sacerdote, caminando al exterior.

El sacerdote no tardó en ponerse manos a la obra comenzando a hablar con el padre de Christopher, al cual encontró en una reunión con el abogado. De él no pudo sacar demasiado, pero sí consiguió lo más importante: no había cambiado.

Christopher continuaba siendo el mismo hombre que en Richmond.

Por lo que, sin abandonar sus obligaciones, se dirigió a la casa del Conde para poder saber más y encontrar alguna pista, por más que la esposa supusiera que no sabría nada.

Mas cuando llegó, encontró a una joven a la que había casado meses atrás, y que lloraba desconsolada mientras se tocaba el vientre.

Fue Megan quien le confirmó el embarazo de Grace.

—Pues no llore de esa manera, es malo para usted y para el bebé, eso no va a ayudar a su marido —dijo el sacerdote—. Dios no va a abandonar a una persona buena como Christopher. Y yo tampoco.

—Gracias —dijo ella intentando calmarse.

—Díganme —habló el sacerdote—. ¿Algún enemigo?

—Muchos —respondió Alberto entrando en la sala. Se presentó y ocupó un asiento junto al sacerdote—. Especialmente, y según he podido ver y vivir, pueden ser su hermano James y Regina Jones.

—Regina está embarazada y busca un padre para su hijo —dijo Grace entre sollozos—, eso es todo.

—¿Todo? —preguntó Megan extrañada— Perdona, pero vino a esta casa y te dijo que se quería casar con tu marido, y que tu, podías ser su amante. Además, después, ha venido más veces, incluso ha escrito cartas pidiendo que la ayudes para que su bebé pueda tener un padre.

—Hablaré con ella —dijo el sacerdote—. ¿Alguien puede darme la dirección?

—Yo misma —respondió Megan—. Ah, padre. Una cosa: Regina está embarazada del hombre que Christopher asesinó para salvar a Tracy.

—Eso es interesante. Muchas gracias por ser tan sincera conmigo.

El sacerdote quedó conforme y, con la dirección en su poder, se dirigió a ella preocupado, pues era extraño. Si había salvado una vida, ¿por qué le acusaban? No quería ver, ni saber ni tampoco tener que enterrarle. Le conocía desde pequeño, era un buen hombre.

Algo que no necesitaba que nadie le dijera. Recordaba a aquel hombre siendo niño, mareando a todos con sus preguntas: ¿Por qué el cielo es azul? ¿Por qué llueve? ¿Cómo se llama esa planta? ¿Por qué llora esa mujer? Si le doy mi caramelo a ese niño ¿se pondrá bueno? Si Dios puede hacer milagros, ¿por qué permite el sufrimiento? Yo no tengo hambre, ¿le puedo dar el pan a ese hombre que no tiene trabajo?

Desde pequeño fue igual de agradable, pero de adulto, su vida se centró en ayudar más que en preguntar, motivo por el cual su vida en ese momento, corría un serio peligro, no podía perder tiempo.

—Lo siento mucho —dijo al ser atendido por el mayordomo al abrir la puerta—, necesitaré hablar con lord Jones, es importante.

—Como usted desee —dijo el mayordomo invitándole a pasar—, venga por aquí.

Cerró la puerta y le llevó al despacho, donde lord Jones no puso el menor impedimento en atender al sacerdote.

—Usted dirán, vendrá, seguro, por mi hija —dijo lord Jones sentándose una vez el sacerdote lo hizo.

—En parte sí —respondió tranquilo—, y en parte porque necesito saber si su hija haría algo contra el Conde de Hampshire.

—Pues claro que no —dijo—, mi hija es decente. Se enamoró de un hombre que le ocultó que estaba casado y que luego no ha querido saber del bebé ni de ella.

—Y ese hombre es...

—El Conde de Hampshire —dijo con seguridad, seguro de haberle engañado.

—Pues muchas gracias —dijo el sacerdote mientras se ponía en pie—, si necesito saber algo más, se lo diré.

—Será bien recibido padre.

El sacerdote salió de allí lo más rápido que le fue posible, no podía soportar el hecho de escuchar más mentiras, ¿no se daban cuenta de que le podían constar la vida a un hombre?

Salió enfadado. Rezando por el alma de aquellas personas que no se daban cuenta de sus palabras. Se dirigió, con las lágrimas saltadas a la Iglesia más cercana, donde el sacerdote le atendió, invitó a comer y a alojarse en su propia casa.

—Acepto, aunque tendré que informar a una mujer, buena mujer, que ha venido conmigo para estar con el Conde y su familia en estos duros momentos —dijo una vez ocupó un asiento en la mesa para comer.

—En ese caso, que venga también —dijo sin dudar un instante—, en la casa hay habitaciones libres.

—Le estamos agradecidos.

Comió sin dejar nada en el plato y salió de allí, dispuesto a ahorrarse unos peniques en la posada, y dando vueltas a su cabeza, aún no había conseguido nada que pudiera ayudar a Christopher...

—¿Estás seguro de que nos lo podemos permitir? —preguntó lady Brown.

—Es una invitación, supongo que sí —respondió el sacerdote— ¿ha averiguado algo?

—Lo que ya sabemos —respondió ella—, Christopher es un hombre honrado, justo, cariñoso y leal, que salvó la vida de una joven con la que se casó, y ahora vive en una casa después de salvar a una joven llamada Tracy.

—¿Ha hablado con ella? —preguntó el sacerdote cargando él con la maleta mientras bajaban las escaleras— Disculpe, debemos irnos, cuánto es.

—Nada padre —respondió el dueño de la posada—, invita la casa, esperamos que en la próxima ocasión puedan disfrutar de nuestros servicios.

—Lo intentaremos —dijo el sacerdote antes de girarse hacia la puerta de la posada.

Una vez lo hicieron, lady Brown respondió a la pregunta del sacerdote.

—Fui a al casa de lord Stephen de Hampshire, quien palidece ante la gravedad de salud de su amada, una joven muy enferma. Ese joven perdió hace poco a su esposa, embarazada, y ahora se ha refugiado en la joven, a la que compró para proteger de un hombre tan cruel como lord Roger Smith que tenía, con lord Alfred Eden una macabra sociedad. Pero no pude hablar

mucho con él, parece muy afectado y la joven no me respondió a ninguna pregunta, ni me miró.

Caminando por las frías calles de la ciudad de Londres, lady Brown puso al corriente al sacerdote de todo lo que había acontecido en la vida de la joven y que Stephen le contó sin dudar.

Desgraciadamente, no sucedió nada en el camino que le ayudara a salvar la vida de Christopher, era un él hizo, él dijo contra otro él hizo él dijo, sin pruebas más allá de que una joven permanecía muy grave y un hombre yacía bajo tierra, quemado vivo.

El sacerdote se hundía en la duda y el miedo, dispuesto a escuchar lo que Dios quisiera decirle para salvar a aquel hombre, pero con el tiempo en contra. Y con una joven que no hablaba.

—Tengo mucho miedo por Christopher, es un buen hombre y si esa joven no comprende el valor de hablar y decir la verdad...

Capítulo 19

Pese a las investigaciones del sacerdote y al trabajo del abogado, no hubo suerte, pues la sentencia, resultó la peor de todas:

—Se considera a lord Christopher de Hampshire, culpable. Será llevado a prisión, donde permanecerá hasta que sea llevado al lugar de ejecución, donde se colgará del cuello hasta morir.

La sentencia cayó como un rayo mortal sobre la familia. De hecho, Grace perdió el conocimiento en la sala y Christopher, que lo presencié no tuvo ni permiso para saber que había sido de su esposa, aunque gritó a pleno pulmón hasta que se quedó sin voz.

Pero su padre se rindió, ni el sacerdote tampoco. Mientras uno consiguió hablar con Regina a solas, tras varios días de intentos fallidos, el otro acudió al Club, donde esperaba conseguir algo que sirviera de ayuda, aunque no tuvieron mucha suerte.

Mas a ninguno le fue fácil, máxime cuando lord Smith informó de que la herida a su hijo le había costado la muerte. Sin embargo, el policía procedente de Scotland Yard no se la tragó y pidió a un médico independiente de la familia y la policía, que investigara el cuerpo sin vida de lord Roger Smith.

El doctor no tardó en averiguar que ese hombre no murió por la mano del Conde, todo lo contrario. Fue asesinado por envenenamiento, de modo que su muerte no cayó sobre ningún inocente:

—¿Por qué ha querido culpar a un inocente? —preguntó el policía extrañado— Creí que eran amigos.

—Él va a morir sin remedio —respondió lord Smith resignado—, pensé que no le importaría cargar con su muerte.

—Llévense a esta hombre de mi vista —dijo el policía—, iré a una última esperanza que aún me queda.

No tardó nada en salir y caminó hacia el Club, donde se encontró a un hombre angustiado que no sabía como sobrellevar lo que le estaba sucediendo a su hijo, pues en su vida hubiera pensado en algo similar.

—Lo imaginaba de mi hijo James, incluso de Stephen, pero de él no,

Christopher no merece la muerte —decía apagado.

—Eso lo sabemos nosotros, yo no me lo creo, me parece imposible —dijo otro—, no sé como el juicio se ha sucedido así, es como si quisieran ir a por él por algún motivo.

Aquella conversación se dio a escuchar por el policía, que estaba dispuesto a sacar más información, pero no pudo. Su suerte acabó allí y no quedaba más que el sacerdote, quien por fin hablaba con Regina Jones, tumbada en el diván, feliz con su embarazo y el apoyo que, al fin, estaba consiguiendo de su padre.

—Veo que está feliz —dijo entrando, con permiso de la joven, en la habitación—. Es una habitación muy hermosa para un bebé.

—Quiero darle todo lo mejor a mi hijo —respondió—. Siéntese.

El sacerdote se sentó en una silla que junto a la cuna había.

—He estado en la casa del Conde, pero desgraciadamente, allí la habitación ha quedado en un segundo plano —dijo el sacerdote observando la cuna.

—Bueno, yo no tengo nada que ver —dijo ella sonriente.

—Pero ha sido su testimonio el causante de la condena —dijo el sacerdote intrigado—, ¿no siente nada?

—Justicia es lo que siento —respondió—. Justicia para mí y para mi hijo.

—¿Justicia? —preguntó el sacerdote— ¿Es eso lo que va a contarle a su hijo en el futuro?

—¿Por qué no?

—Lady Regina, sabe que es mentira. A dado un falso testimonio, el hombre que perderá la vida es inocente y lo sabe, no soporta que su antigua amiga tenga lo que tiene y usted no —respondió el sacerdote—. Por favor, diga la verdad.

Regina no dijo nada, permaneció inmóvil, observando al sacerdote y con la mano en el vientre. Le parecía imposible que un hombre como aquel pudiera saber tanto, aunque le resultó un tanto posible, por la conversación que pudiera haber tenido Grace con el sacerdote.

—Lady Regina, nos conocemos —dijo el sacerdote, ha vivido mucho tiempo en Richmond y es allí donde yo estaba . Por favor. Sé que no es una persona que busque el mal a nadie, pero también sé que siempre ha intentado que otros tomen sus decisiones. Dígame ¿qué culpa tiene Grace? ¿Y

Christopher? Desea lo mejor para su bebé, pues su amiga también, ¿por qué tiene que pagar por ello un ser que no ha nacido? Sabemos que el padre de su hijo no es Christopher. Por favor, haga lo correcto. Elija por su bien.

—Ya he elegido —respondió— y por fin tendré todo lo que quiero.

—¿Ah, sí? —preguntó el sacerdote serio— ¿Quiere la muerte de un inocente? ¿Por qué? Cometió un error quedando embarazada de un mal hombre ¿qué tiene que ver el hombre que espera la muerte?

El sacerdote continuó adelante con su prerrogativa hasta conseguir que ella accediera a rajatabla.

Sin embargo, mientras aquello sucedía, en la prisión donde se encontraba Christopher esperando la muerte, este, escribía una carta a su esposa, desconociendo que ya iban hacia él, aunque al ver el guardia de la puerta que escribía, hizo una señal para que le dejaran terminar el escrito.

—Comprendo. Será para su esposa está embarazada —dijo el juez con tristeza—. Dejemos que termine.

Christopher, continuaba necesitando parar a menudo, pues las lágrimas no le permitían ver con claridad.

Mi muy querida y amada esposa:

No sé que puedo decirte en estos momentos, me siento tan débil y afligido que, por momentos, incluso prefiero la muerte, pero he de decirte tantas cosas que no sé si tendré tiempo y si sabré decirte las cosas.

Lo primero que se me ocurre es que le digas a nuestro bebé, sea niño o niña, que le quiero. Hubiera preferido poder conocerle y... mi amada esposa, mi Grace... Yo no quiero morir y tú sabes que... Mi amor celebra la Navidad, vive por nuestro bebé. Por favor.

Grace, no el tengas rencor a nadie, pero cuidado con lo que dices y lo que haces. Vive por y para ti, y cuida del bebé. Educa al bebé igual que a ti te han educado y no olvides de enseñar al bebé lo que te he dicho: no guardes rencor.

Me llevo mucho amor y muchos buenos recuerdos. Dile a Stephen que se cuide y cuide a Tracy, con ella tiene una segunda oportunidad que muy pocas personas poseen. Dile a mi padre que no le culpo por traerme de Richmond, al contrario, gracias a ello te conocí y esperamos esa alegría que se encuentra en tu vientre.

Dejo los negocios en manos de Alberto, y tu cuidado a Megan.

Te amo mi vida, mi corazón. Ojalá pudiera ver tus ojos antes de... Ojalá pudiera tocarte, besarte, ayudarte... mi amor, perdóname por irme.

Mi dulce niña...

*Con mi corazón:
Christopher.*

Una vez terminó la carta, la cerró y la puerta se abrió.

—Entregaremos la carta a su esposa —dijo el policía—. Es para ella ¿verdad?

—Sí, lo es —respondió dejando escapar un profundo suspiro, mas de resignación que de otra cosa, pues ya se le acercaban para colocar los grilletes en sus muñecas.

Una vez eso hecho, le sacaron de la celda y llevaron a la horca, donde una vez colocados los grilletes en sus tobillos, el juez le preguntó antes de cubrirle el rostro:

—¿Algo último que decir?

—Den la carta a mi esposa, y que mi hijo sepa que le quiero —respondió, mientras las lágrimas caían de nuevo por sus mejillas, aunque en esa ocasión no había modo humano de que se las limpiara.

—Así se hará —dijo el juez, mientras uno de los presentes, le colocaba la capucha, para, a continuación, rodear el cuello con la soga.

Y mientras se oía un grito ahogado, la plataforma se abrió bajo los pies de quien fuera Christopher, el Conde de Hampshire.

Mas no muy lejos de allí, también lord Stephen se rindió, y, sin decir nada, aprovechando la oscuridad de la noche, su coche de caballos corrió por entre las calles de la ciudad de Londres, llevándose a la joven a la cual en secreto amaba más que a su propia vida. No dijo nada a Grace, ni a su hermano.

A nadie.

Se marcharon, dolidos por el recuerdo de lo sucedido, temiendo represalias y con el corazón compungido por la inminente muerte del hombre al cual le debía tanto, pero no podía salvar.

—¿Hacemos bien? —preguntó la joven Tracy pálida cual rosa blanca.

—Sí, no podemos hacer nada por él ni por nadie, es mejor que regresemos junto a tu abuelo, él ya debe de estar en Irlanda.

Una palabras de la autora

Esta es la tercera parte de la serie “Amor y poder”. Gracias por llegar hasta aquí leyendo esta novela y esta serie.

Sé que han quedado muchas cosas abiertas, pero en la siguiente parte se cerrarán, y abrirán otras. Yo calculo que el próximo 4 de diciembre podréis tener la última parte de la serie, donde ya todo estará cerrado.

La cuarta parte verá la luz el 4 de octubre bajo el nombre de “Te amo”.

La quinta, será publicada el 4 de noviembre y la sexta, el 4 de diciembre.